



Año XXXIII—Madrid, Jueves 12 de Junio de 1913.—Núm. 24

SUCURSAL:
Rivadavia, 1255
BUENOS AIRES

Pueblo, ¡adelante!

Los monárquicos echan las campanas á vuelo. Melquiades Alvarez es aclamado; Azcárate vitoreado; Lerroux aplaudido. El alhorozo monárquico no tiene límites. La revolución queda aplastada; el peligro de la República alejado y desvanecido.

Cuando los agoreros veían bambolearse el trono y sentían resquebrajarse el palacio de Oriente, se ha enarbolado la bandera de júbilo.

Lerroux depones omildoso las armas revolucionarias, disculpas á los que se negaron á poner á la firma el indulto del fogonero de *La Numancia*, y escribe al margen de la sentencia el visto bueno y el ejécútese.

Alvarez acude con toda su hueste á rendir pleito homenaje al monarca, cuyos oídos se propone halagar con el *Himno de Riego*.

Azcárate... ¡ah!, el catoniano Azcárate siente escrúpulos de llamarse monárquico. Tiene horror al adjetivo. No quiere que sus labios se manchen con él otra vez. ¡Los labios, sobre todo los labios!... Llamarse republicano y hacer monarquismo, esto bien: no importa. El no ha hecho durante treinta años otra cosa. Pero la ha hecho salvando todas las reglas del pudor y de la honestidad: no se ha querido inscribir en el registro de metrices del arroyo. Su tráfico monárquico ha sido recatado y honesto, conservando siempre el gorro frigio, con el cual quiere vivir y morir monarquizando de obra y republicaneando de palabra.

Melquiades quiere cantar el *Himno de Riego* en la Capilla Real; Azcárate cantará la *Marcha Real* en los mítins de la plebe; y Lerroux

No adivino lo que cantará Lerroux. Quizás elija el *Coro de doctores* de la zarzuela *El rey que rabió*, para soltarlo donde pueda, según le convenga.

¡Buena semana la pasada para la monarquía!

Ella se felicita... y ¿cómo no? ¡La Conjunction deshecha!... ¡El radicalismo disgregado!... Nunca pudo soñar tanto suceso favorable en tan corto espacio, á menos que no estuviera en el secreto.

La alegría monárquica ha sembrado ¿por qué negarlo? cierto desaliento en el campo republicano. El golpe ha sido rudo. Mas precisamente por serlo, ahora es cuando debe gritarse al pueblo: ¡ánimo y adelante!

Fijarse en que no digo republicanos, ni digo partidos: digo *pueblo*... Ese pueblo

que existía antes que nacieran los republicanos de hoy, antes que nacieran los partidos actuales, antes que nacieran los jefes...

A ese pueblo me dirijo al decir:

¡Gran semana para la República esta en que la monarquía se alegra! Debemos celebrarla sin extrépito, porque no es semana de fiesta externa y estruendosa, sino de satisfacción intensa.

Los partidos republicanos están en crisis: cierto es: pero ¿qué hicieron esos partidos?

Los jefes se nos van: ¿pero qué intentaron esos jefes?

Con tales jefes y tales partidos, jamás se habría dado un paso: el republicanismo habría continuado su historia.

La historia de las conponendas académicas, que hizo un Azcárate, pero deshizo una República. La historia melquiadista, de música teatral para el público monárquico, mientras gemía el pueblo republicano. La historia lerrouxista, de hacer cada día un poquito de revolución, para acabar renegando de ella.

¡Matáos ahora por vuestros jefes, inocentes fanáticos! Ya que vosotros no fuisteis capaces de abandonarlos, ellos os abandonan.

Esta era la revolución que os predicaban: la de que el jefe pudiese saltar de abajo arriba. Para esto se hacía el movimiento popular: para utilizarlo como escalera de la ventana del palacio de Oriente.

Muertos de Granollers, de San Feliú de Guixols, de Cullera, de la Semana Trágica... ¡Aplaudid en vuestras tumbas!

Los partidos están de enhoramala: pero ¿no eran los partidos la rémora del pueblo? ¿No eran su parálisis y su muerte?

Los jefes se van. ¿Pero acaso sirvieron para algo? ¿Acaso estando ellos se habría verificado la revolución de Barcelona? ¿Acaso lo que se ha hecho de bueno no se ha hecho sin ellos, y por no poderlo ellos impedir? Y lo que se ha hecho de malo ¿no lo han hecho ellos y para ellos?

¡Han muerto los partidos! Regocijémonos. Sólo así puede renacer el pueblo que deshicieron.

Y esto es lo que debemos celebrar. Porque así el pueblo, después de la desorientación momentánea, inevitable, reaccionará, reconocerá su error y variará de camino.

Fijémonos con serenidad en lo que ocurre.

Alvarez entra en la Monarquía.

Lerroux rinde las armas de la revolución.

Azcárate se queda en medio de ambos.

Mas no se entusiasme la Monarquía.

Los tratos del gobierno con los jefes republicanos han coincidido con los celebrados con los jefes de las kábilas rifeñas.

Ni serán los de acá menos ambiciosos que aquéllos, ni podrán ser muy leales á la Monarquía quienes han vendido y traicionado al partido que les dió el ser político.

La bandera que ha arriado Lerroux en el Congreso, hala recogido allí mismo Pablo Iglesias.

Dejan de ser republicanos los melquiadistas, y afirman su fe republicana los socialistas.

Azcárate hace profesión de monje republicano contemplativo. ¿Perdemos algo con saber que ya no podrá intervenir en los planes de acción, ni estorbarlos, ni desviarlos?

¡Adelante, pueblo! No te dejes descorazonar. No te alarmes. Tu dispersión es lo que se busca. Quizás ahora sea posible la cohesión que hasta aquí fué imposible.

Piensa en lo que varias veces te he dicho: en organizarte por provincias, nombrar un representante, y que se reúnan después los 49 y acuerden, decidan y ejecuten.

Y cuando te pregunten con quién cuentas, contesta con la altivez y el orgullo del que está seguro y satisfecho de su fuerza: «¡Conmigo!»

¡Y adelante, adelante!...

Lo que pensé y lo que pienso

¿Que en qué pensé al leer los últimos discursos de Lerroux, Azcárate y Alvarez?

Pensé en aque los bravos militares que, poniéndose al unísono con las aspiraciones del pueblo, comprometieron y perdieron carrera, porvenir, libertad ó vida, dejando á sus viudas y sus hijos desamparados y sin pan.

Pensé en los gritos de angustia de los republicanos que han llegado á viejos, pasando la vida entre anhelos no realizados y sacrificios constantes, sin aspirar á otra compensación que la de poder gritar á pleno pulmón un día: ¡viva la República!

Pensé en los muchos detenidos en su marcha, arrinconados en su carrera, alejados de su patria; y en los hogares fríos,

Y en las esposas escuálidas, y en los hijos anémicos.

Pensé en los que han estado y están aún en cárceles y presidios; en los que han enfrido y sufren todavía las amarguras de la emigración; y en las madres que han llorado y lloran por sus hijos ausentes; y en las hijas apartadas de sus padres proscritos.

Pensé en aquellos dos jóvenes de Reus, el uno muerto para la vida material y el otro para la vida moral, por creer el uno que Lerroux era un revolucionario y el otro que Alvarez era un reformador.

Pensé en los hombres distanciados de la lucha por no servir para corear fanatismos y concupiscencias; y en los consecuentes y los leales pidiendo a la prudencia frenos para contener sus indignaciones...

Pensé en que los mares de lágrimas vertidas por las víctimas de las ideas republicanas, no han podido lavar en ciertos hombres las impurezas de sus apetitos; ni la sangre derramada ha hecho fructificar el árbol a cuya sombra la esperanza se cobija.

Pensé en la legión de descendientes de los que, por mantenerse puros y ostentar orgullosos el nombre de republicanos, sacrificaron hacienda, posición, amistades, y se vieron tratados como parias por los gobiernos y por el caciquismo como siervos; descendientes que, al ver los ejemplos dados hoy por quienes se alzarán sobre los hombros de sus padres, dudarán de si la consecuencia es una virtud y el sacrificio un deber.

Pensé en que esos señores que se pasan a la monarquía, ó le ofrecen su benevolencia, ó deporen la actitud que hasta hoy guardaron, no le llevan ni le ofrecen nada nuevo, sino que le ofrecen y le llevan esas lágrimas, esa sangre, esas ruinas, esas esperanzas fallidas...

Y, pensé, por último, en los tesoros de abnegación, de interés y sacrificios derrochados, para que hoy puedan tres hombres ofrecérselos a la monarquía.

Si; en todo eso pensé.

Y en todo eso sigo pensando.

No lo entiendo

Copio textualmente de *El Radical*:

Del discurso de Lerroux:

«Yo no realicé acto alguno de protesta, ni siquiera de protesta platónica, aunque la sintiese en el fondo de mi corazón, contra la ejecución del desdichado fogonero, del «Numancia». ¿Por qué? Porque yo creo que MIENTRAS EXISTA EN EL CODIGO LA SENTENCIA DE MUERTE. SI SE HA DE APLICAR EN ALGUN CASO, es cuando se hace indispensable el sostenimiento de la disciplina militar, sin la cual no pueden vivir los Estados, sin la cual las sociedades no son sino tribus, que fácilmente se entregan a la anarquía. (Ruidos de aprobación).

—O ESTO. O «QUE BAILEN».

No lo habría dicho mejor Maura.

Con más autoridad, eso sí. Pero con esa concisión, esa precisión y ese convencimiento... ¡No y no!

Jamás predicaré la indisciplina en el Ejército, pero aplaudiré siempre al gobierno que indulte al militar que se subleve; entre otras razones, porque la clasificación de ese delito no la determina el acto, sino el triunfo ó la derrota. Martínez Campos héroe para los monárquicos, y Villacampa traidor, lo demuestran.

Y diré más: perteneciendo a un partido que comprometió tantas veces a militares que pagaron con la vida, la libertad ó la pérdida de su carrera el haber hecho honor a sus compromisos, creerla profanar su honra a memoria haciendo lo que Lerroux ha hecho, y más tratándose de un desventurado de mentalidad escasa, y que seguramente no obró por cuenta propia.

Que los monárquicos dijeran eso, a pesar de haberse debido la restauración a dos actos de indisciplina, casi lo comprendería; el éxito se asocia comunmente con la injusticia y el cinismo; pero que lo hagamos nosotros, los que tenemos en nuestro HABER las cabezas de Ferrándiz y Vellés, C brián y los cuatro sargentos de Santo Domingo de la Calzada, y la del sargento Bartual, y además la muerte de Mangado, y el presidio de Villacampa, González y demás sublevados en Madrid, y el destierro y las penalidades de los de Badajoz, y la separación del servicio de muchos militares, y la postergación de muchos más, todos solicitados y comprometidos por nosotros... ¡oh, no!, esto no se comprende; esto no debe comprenderse; esto nos obliga, por lo menos, a guardar un silencio digno al tocarse en cualquier lugar y en cualquier momento la cuestión de la disciplina militar.

Puede el hombre modificar sus ideas honradamente, ó calculadamente; puede combatir lo que ayer defendió; lo que no debe nunca, es aludir, sino para ensalzarlas, a las víctimas de sus anteriores predicaciones, y no debe hacerlo, ni aún en nombre de la imparcialidad, ni en el de la justicia siquiera. Hay suplicios muy justos cuyos autores fueron muy criminales, como hay perdones ilegales (si puede ser) a guisa vez el perdón), cuyos autores fueron muy equitativos.

Y para terminar este doloroso incidente con algo grande, evoco aquí el recuerdo del júbilo inmenso que sintió Madrid y toda España, al enterarse en Octubre de 1886 que la Regente había concedido, á petición de Sagasta, el indulto al brigadier Villacampa, al teniente González y á los cuatro sargentos en capilla; indulto que salvó la Regencia, y que hizo más por la disciplina militar que hubieran hecho los seis fusilamientos, puesto que no ha vuelto á quebrantarse basta que intentó sublevarse el desgraciado fogonero del «Numancia».

¡Qué difícil es casar lo legal con lo justo, la razón permanente con la razón circunstancia!

¡Y cuán triste convencerse de que son

muy pocos los hombres que no sientan vértigos en las alturas!

Sinceridad de amigo

Las rectificaciones de cuantos tomaron parte en el debate político, han confirmado lo que sabíamos: que aquí no quedan ya convicciones ni caracteres en ningún campo.

Todos los oradores recogieron velas, suavizaron las arrogancias de sus discursos, echaron agua al vino.

Pero la figura que resultó más borrosa, con pena lo confieso, fué la de Lerroux, que vino á decir en síntesis: «Yo soy revolucionario en la calle y gubernamental en el Parlamento, por acomodarme al medio ambiente»; resucitando así la antigua, cómoda, en ocasiones provechosa, y siempre desacreditada teoría de las dos naturalezas.

Y yo le digo á Lerroux:

«A usted lo llevaron los revolucionarios de Barcelona al Congreso, no para que hiciese política gubernamental, si no para que expusiese y defendiera la revolución; para que los representase allí en espíritu y en verdad. Su acta, suma de votos revolucionarios, le fué otorgada para que en todo momento y ocasión alzara su voz revolucionaria; no para que, por acomodamientos con el ambiente, hiciese alardes de gubernamentalismo.

Esto del acomodamiento con el ambiente, es una muletila que sirve para disculpar flaquezas de ánimo ó de voluntad, pero que se presta también á despertar dudas acerca de las intenciones más puras.

¿Quién le dice á usted, amigo Lerroux, que en un mitin de esos donde electriza usted á las masas con su avasalladora elocuencia revolucionaria, y pulveriza á los monárquicos con sus apóstrofes tremebundos, no le pregunte algún republicano si lo hace usted por acomodarse al ambiente que allí se respira?

¡El medio ambiente! Admitida esa teoría, habría que admirar á los jesuitas por venirla practicando desde que la Compañía se fundó; y á los judíos, cuya especialidad consiste en esc: en no discrepar nunca de la opinión predominante en el país donde se encuentran.

No, Lerroux, no; usted no puede, por acomodarse al medio ambiente, ser revolucionario en la calle y gubernamental en el Congreso; y no puede serlo, por no faltarse á sí mismo y faltar á sus electores. Estos lo eligieron á usted, por la completa identificación que había entre las ideas que usted propagaba y defendía, y las que ellos profesaban; porque ellos, como usted entonces, no se acomodaban al medio ambiente. ¿Qué fué siempre todo revolucionario si no eso, un hombre que no se acomodó al medio ambiente?

Tiene usted bastante talento, amigo Lerroux, para no pensar que, al decir esto, aspiro yo á que se hable en el Congreso lo mismo que en un mitin; no; la educación y las conveniencias sociales lo

impiden, por más que acaso fuera saludable hacerlo para contrastar convicciones, aquilatar enterezas y despertar masculinidades; para llevar á aquel ambiente de farsa y de convencionalismo la voz del pueblo, ruda, pero franca; vehemente, pero justiciera.

No, yo no pretendo eso; lo que sí deseara, es que, sin desentonar en la frase, se hicieran sentir allí las palpitaciones de la opinión popular; que en vez de perder el tiempo en torneos retóricos, se ahondase en las causas del malestar económico y se propusieran remedios adecuados; que en vez de tiquismiquis ridículos de cortesías insinceras, se buscaran palabras energéticas que condenasen todas las injusticias consuetudinarias en todas las esferas de la vida nacional...

Esto, esto es lo que yo deseara; no que, por acomodarse al medio ambiente, confundieran los hombres de las condiciones de usted, que tanto pudieran hacer en el Congreso, rindiendo culto á convencionalismos enervantes, dando con esto lugar á que las masas republicanas exclamen un día: *¡Todos son unos!* y busquen orientaciones nuevas.

Y después de decir esto á Lerroux, sólo me resta añadir, que siento su caída más que las de Alvarez y Azcárate, cuyas últimas declaraciones tenía hace tiempo descontadas.

Una pregunta

Cuando Alvarez formó su partido ¿descubrió en secreto á los que se le unieron, sus propósitos de pasarse á la monarquía?

Si así fué, nada digo: obró con la lealtad que debe emplearse siempre en estos casos.

Pero si nada les dijo, ¿no podrían ellos ahora (hablo de los que son republicanos de veras), acusarle de haber tratado de vender á la monarquía su historia, sus entusiasmos, sus convicciones?

El hombre que en 1912 dijo:

«Aquí, en España, donde los políticos están en el Poder utilizando la apostasía y la traición, si no fuese candor, sería vileza colaborar con la Monarquía.»

Ese hombre, sopena de no estimarse á sí propio, ó de tener una idea deplorable de la dignidad ajena, debe dar ahora explicaciones de su conducta á los que le siguieron por dar crédito á esas palabras.

De no hacerlo, habría que convenir en que quedaba Alvarez á la altura de los piratas que atraían con engaños á los negros para cazarlos, embarcarlos, y venderlos luego á los dueños de ingenios en Cuba.

Cosillas

No pecaría yo de jactancioso, si dijese que el debate político promovido en el Congreso ha resultado, en la parte con-

cerniente al republicanismo, un triunfo para mí.

Lerroux, Azcárate y Alvarez, cuya marcha política he censurado varias veces, se ven hoy aplaudidos por los monárquicos.

Cada uno ha tocado un instrumento distinto en la murga que ameniza los entreactos de la Comedia Política que hace tiempo se viene representando, pero los tres han contribuido á que el conjunto resulte acabado y perfecto en su clase.

Más no quiero celebrar mi triunfo. Todos los que se alcanzan pensando mal de los que no obran bien, son muy amargos.

Hacen mal los republicanos en indignarse por las decepciones últimamente sufridas, lo mismo de Alvarez, que de Azcárate, que de Lerroux.

Tendrían cierta disculpa, si nunca las hubieran sospechado; pero es que existe un republicano si quiera que no haya pensado alguna vez en que la marcha seguida por esos señores tenía fatalmente que conducirles á donde han llegado?

El diputado por los monárquicos de León, Sr. Azcárate, olvidándose de que nunca segundas partes fueron buenas, ha querido imitar á Castelar cuando empujó el posibilismo hacia la monarquía, quedándose él fuera.

El acto es el mismo; sólo que lo que en Castelar produjo indignación, en Azcárate causa risa.

Castelar tenía en el republicanismo una historia grande y gloriosa: Azcárate no ha prestado al republicanismo otros servicios que el de oponerse á todos los avances en sentido revolucionario.

Castelar le dió á la monarquía un núcleo de apostatillas vulgares, pero que pudo utilizar para diversos empleos, incluso el de ministro: Azcárate, quedándose á la puerta él, no puede ofrecerle ni un sólo traidor.

Riámonos, pues, de los injustificados escrúpulos de esa caricaturesca parodia de Castelar.

Recuerdo ahora el tremebundo y apocalíptico gesto del Sr. Alvarez en el banquete del 11 de Febrero, al ocuparse de lo que yo había escrito sobre su actitud política, y me sonrió entre desdenoso y compasivo, no comprendiendo que un hombre, ni aun siendo comediante de oficio, haga ciertos papeles, así le vaya en ello una cartera de ministro.

Verdad es que hay cómicos por Naturaleza, y las leyes de esta respetable señora no pueden eludirse con la facilidad que las del decoro político.

Puede modificar dignamente sus ideas el político que no las haya utilizado para alcanzar renombre ó posición.

O el que con sus predicaciones no haya lanzado á ningún correligionario á la cárcel, al presidio, á la emigración ó á la muerte.

Pero el que haya hecho cualquiera de esas cosas debe, antes que defender al

político contraria, ahogar su voz y romper su pluma.

Cambios políticos que se relacionan con el provecho personal, más bien parecen cálculos de agiotista que convencimientos de honrado.

La situación en que han colocado al republicanismo los Sres. Lerroux, Alvarez y Azcárate con sus últimos discursos, hacen que resulten anticuadas estas otras Cosillas que tenía preparadas para este número, á propósito de la Unión republicana. Pero allá van:

Sería mil veces más noble, más honrado y más patriótico que andar en tratos, contratos y cabildeos con unos monárquicos para reventar á otros, emplear ese esfuerzo y dedicar ese tiempo á ponernos en condiciones de acabar con todos.

Ya sé que puede contentarse con el consabido y anticuado *divide y vencerás*; pero yo replicaré á quien tal haga:

Si la división es la que da el triunfo al contrario ¿por qué estamos nosotros divididos? ¿Por qué no unirnos para derribar, sin preocuparnos tanto de los detalles de ornamentación del edificio que levantaremos luego, puesto que tenemos ya trazado en el plano el edificio?

¡Ay! No pasan los años por nosotros.

Allá por el ochenta y tantos hablé por vez primera de lo necios que fueron aquellos que, después de discutir acaloradamente, se apalearon furiosos por si había de guisarse de éste ó aquél modo la liebre que no habían cazado aún, y que no cazaron al fin.

Y hoy, en 1913, seguimos lo mismo discutiendo, apaleándonos y sin liebre.

Todo republicano que rehuye hoy unirse á los demás para trabajar juntos por la venida de la República, se conoce bien.

Sospecha sin duda que los demás piensan, como él ha pensado, alzarse mañana con el santo y la limosna, y quiere quedar en libertad de acción completa.

Todavía podríamos disculpar y hasta aplaudir á los republicanos que se erigieran en jefes, ó solicitasen un acta de diputado, si al dirigirse al Pueblo en demanda de apoyo, le dijeran:

«No creemos que la revolución pueda hacerse por ahora; por esto nos dedicaremos, hasta que madure, á recabar de la monarquía leyes y reformas que mejoren la situación económica de las clases productoras, á combatir la inmoralidad que existe en la distribución de los impuestos, á descubrir las ocultaciones, á patentizar los abusos de las autoridades, á impedir los avances que la Iglesia efectúa fuera del Concordato; y para lograr mejor todo esto, seremos benévolos con los partidos monárquicos que nos faciliten más medios de llegar á donde deseamos.»

Pero, nada; los aspirantes á jefes ó á diputados se dirigen siempre al Pueblo ofreciéndoles hacer la revolución; ejecutan después algún simulacro de trabajos en ese sentido, y cuando tienen ya asegurada

la jefatura ó el acta, ó dan doble deracha, ó comienzan con disculpas y distingos que no quiten del todo la esperanza á sus parciales, y les permitan á ellos continuar derrochando proezas y estirando aplazamientos.

Cada vez encuentro más contradictoria la conducta de los que manejan el partido republicano.

Aquí ¿de qué se trata? ¿De que no gobiernen Maura y Cierva, ó de hacer lo posible para traer la República? Si es de lo primero, incurrimos en una contradicción estúpida, al asegurar que la subida de esos dos hombres traerla la revolución, é impedir al mismo tiempo que suban.

Y si es de lo segundo ¿por qué apoyamos á los liberales cuyos procedimientos dan al rey popularidad y apuntalan el trono?

¿Que la monarquía se va quedando sin hombres, y que el día que agote los que le quedan, todos ya de segunda fila, vendremos fatalmente nosotros? Esto lo vengo oyendo desde que gobernaban Cánovas y Sagasta. «El día que esos dos hombres mueran, acabó la monarquía.» Era frase corriente. Y á Cánovas siguió Silvela; y á Silvela, Villaverde; y á Villaverde, Maura; como á Sagasta, Moret; y á Moret, Canalejas; y á Canalejas, Romanones. Y la monarquía en pie.

Lo que nos ha ocurrido desde otro punto de vista á nosotros. Cuando vivían Ruiz Zorrilla, Castelar y Salmerón, decíamos: «El día que desaparezcan estos señores, que con sus odios y antagonismos irreductibles hacen imposible la unión de todos los republicanos, el partido emprenderá su ruta por los senderos que al triunfo lo lleven.» Y mueren, y á Ruiz Zorrilla sigue Lerroux; y á Castelar, Alvarez; y á Salmerón, Azcarate; y continuamos tan campantemente desunidos. Y no hablo de Pi y Mirgall, porque en realidad no le ha sustituido ningún hombre de talla.

La suerte para nosotros ha sido que el rey no llamase á Maura al poder á primeros de Enero ni lo haya llamado ahora. Estando como estamos, hubiese ocurrido infaliblemente una de estas cosas: que no nos hubiéramos movido, ó que nos hubiésemos movido aisladamente, sin cohesión, sin plan, sin recursos y á salga lo que saliere. En el primer caso ¡qué vergüenza y qué confesión de impotencia absoluta después de tantas bravatas! Y en el segundo ¡qué infamia la de lanzar á la muerte, al presidio, al destierro ó á la miseria á los hombres de corazón que, fiados en palabras mentidas ó irreflexivas, se hubiesen lanzado á la lucha! Ni muriendo los jefes en ella, como he dicho en otra ocasión, habrían quedado absueltos ante la conciencia pública ni ante la Historia.

Sin la Unión jamás podremos traer la República.

La unión es la fuerza.

Ejemplo bien reciente de lo que digo tenemos en el Conflicto de los Balkanes, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro, cada uno con puntos de vista diversos, tenían uno común: derribar el imperio turco: se unieron para llegar á este fin, y llegaron. ¿Lo hubieran conseguido si se empeñan en discutir y fijar antes al detalle todos los puntos en que podían no estar conformes después del triunfo? En manera alguna.

¿Porqué no nos inspiramos en este ejemplo?

Los hechos, que convencen más que las teorías, nos dicen:

Que llevamos de 1886 acá, es decir, *veintisiete años*, sin exteriorizar ningún movimiento revolucionario, y digo sin exteriorizar, por si se me objetare que se ha *intentado* realizar alguno.

Y que durante ese tiempo el Pueblo republicano ha elevado á varios hombres en la esperanza de que encauzaran los esfuerzos de todos hacia la revolución y que nada han realizado.

Y contra estos hechos, que no podemos borrar con discursos ni con artículos de fondo, no hay sino callar cuando alguien nos los recuerde.

Y termino por hoy

Después de todo lo dicho, tengo que hacer dos preguntas.

Esta á Lerroux, Alvarez y Azcarate:

«¿Creen que puede ninguno de ustedes seguir representando en la política republicana lo que hasta hoy representaron?»

Y esta otra á los partidarios de los tres:

«¿Continuarán ustedes, después de lo ocurrido, coreando, apoyando y defendiendo á esos señores?»

Probablemente no me contestará nadie; pero como tomaré el silencio por aquiescencia, iré diciendo lo que se me ocurra sobre la conducta de los unos y de los otros.

Higiene ante todo

Luis de Tapia, el primero ¿y por qué no el único? de nuestros actuales poetas satíricos, hace á los catecúmenos monárquicos esta caricia en *España Nueva*:

¿Dónde está?

¿Dónde está esa turba avara que hacia Oriente se dispara rompiendo el antiguo nudo?

¿Dónde está quien hacer pudo apostasia tan clara?...

¿Dónde está esa turba avara?... Para negarla el saludo, para escupirla á la cara.

Me parece bien, como todo lo que Tapia escribe; pero voy á recordarle lo que con ocasión de otra apostasia, la de Prim en 1843 escribió su antecesor, ó más bien su predecesor en sátira de buena ley,

á raíz del bombardeo de Ruiz, en su célebre folleto *El baile de Pinata*:

«Odioso Prim, patriota de retorno, quisiera hundirte y escupir tu cara, por dar á tu pandilla este bochorno; ¿pero escupirte yo? ¿Quién lo pensará! Cuando tierra no hallara en mi contorno, cuando mi hastío lodazal no hallara, nunca, de mí desdén imagen viva, en tu rostro manchara mi saliva.»

¿No cree Tapia que Villergas se cuidaba más que él de la higiene de sus secreciones, aun en los momentos que se sentía profundamente indignado?

La saliva de hombres como Tapia honran el rostro del que la recibe á raíz de ciertas indignidades.

LIBRO NUEVO

El P. Miguel Mir y San Ignacio de Loyola

ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO DE S. PEY ORDEIX. UN TOMO DE 206 PÁGINAS
UNA PESETA

El título y el nombre del autor hacen perfectamente la descripción de este libro. En catorce capítulos y un apéndice trata la cuestión del carácter de San Ignacio cristalizado en la Compañía de Jesús, con gran novedad de método, con hondo conocimiento del asunto y con la dureza habitual del escritor especialista en estas materias.

La crítica y refutación de las historias hasta aquí conocidas de Ignacio, son de fuerza irresistible; las cuestiones que presenta á la nueva orientación de los investigadores, son de las más interesantes, las sendas que señala á los estudiosos, fueron hasta ahora desconocidas.

Todo esto, repleto de datos nuevos, ignorados muchos de ellos por los propios jesuitas, y la diversidad de estilos usados según los asuntos, á veces de concisión polémica, á veces de amenidad descriptiva, hacen que el libro se lea con ansiedad.

El trabajo de psicología comparada entre San Ignacio y el P. Mir, es de gran novedad y viveza. Todo esto, servido al público por el precio ínfimo de una peseta, promete la propagación rápida entre el público curioso, y sirve al propio tiempo para poner al alcance de las modestas fortunas lo más sustancial de la gran obra del P. Mir, extractada en este libro.

De venta en esta administración.

LA EDUCACION

¿Qué educación la nuestra! Nace el hombre, y cuando no puede aún decir su voluntad, se le hace cristiano. Apenas se desenvuelve su razón, se le enseña á recitar las oraciones de la Iglesia. Cuidase mucho de que no conozca los

secretos de la generación y se le oculta su propio origen. No se le revela que salió de su madre; si viene al mundo un hermano suyo, se le dice que se le trajo de París ó se le encontró en una de las plantas de la huerta.

En las oraciones de la Iglesia encuentra, aún niño, motivos de interrogación y duda. En el *Ave María*: ¿Qué quiere decir, madre, que Cristo fué fruto del vientre de la Virgen? En los *Mandamientos de la ley de Dios*: ¿Qué significa, madre, no fornicarás ni cesearás la mujer de tu prójimo? En los *Pecados capitales*: ¿Qué es, madre, la lujuria? En todas partes: ¿Cómo he de entender, madre, que Jesús fué concebido por obra del Espíritu Santo?

Apurada la madre y cuidadosa siempre de que la verdad no se le escape, forja mil desatinos con que perturba y entenebrece el entendimiento del hijo. Como el hijo sea precoz, la envuelve pronto en un mar de confusiones. Si Dios creó el mundo, ¿quién creó á Dios? Si Dios está en el cielo, ¿por qué no se asoma para que le veamos? Si todo es bondad, ¿cómo nos amenaza con castigos eternos?

No tiene la madre otro recurso que imponerle la fe y negarle todo derecho á la duda. Antes le entenebrece el entendimiento, ahora le contiene el vuelo del espíritu.

La madre, que es la primera educadora, le pierde por completo. Ya con el fin de acallarle y dormirle, le evoca fantasmas y le hace medrosos; ya con el de premiarle, le lleva á comediones de magia y le trastorna el sentimiento de la realidad; ya con el de complacerle, le refiere ó le hace referir disparatados cuentos y le exalta, á costa de la razón, la fantasía.

Adquiere de día en día el niño viva curiosidad, y pregunta el origen y la utilidad de cuanto existe y la causa de los fenómenos de la Naturaleza. Ignora la madre, y se enoja con tanto preguntar ó le imbuye en todos sus errores.

¿Le manda al colegio? Allí, sobre sentirse también su hijo bajo el imperio de una fe ciega, pierde en un violento cansancio sus energías y tiene embargada su atención por estudios tan ingratos y difíciles como el de la lectura y aritmética. Lo que debería ser accesorio es principal y le hace aborrecibles el estudio y la escuela. Sometido á una severa disciplina, no goza ni siquiera del derecho de interrogar á sus preceptores. Nada oye, ni de los fenómenos de la Naturaleza ni de las aplicaciones de la Ciencia.

La educación debería ser muy otra. Nada de esconder á los niños la realidad de las cosas. Nada de turbarles el sentimiento con misterios religiosos ni fantasmas. Nada de confiar á madres inculcas el desarrollo de la razón de sus hijos. Nada de colegios sin jardines donde puedan correr y jugar los alumnos tras cada hora de estudio. Nada de colegio donde no se alterne el conocimiento de la lectura y la escritura con el de la Naturaleza

za y la Ciencia por medios visibles y prácticos.

PI Y MARGALL

No resisten los 3.000 palos

«Varios moros detenidos como autores de las recientes agresiones fueron condenados por el baja de Tetuán á que les apliquen 3.000 palos á cada uno; pero no los han podido resistir, y han muerto antes de cumplirse por completo el castigo.»

Leo esa noticia con ese título en la *Correspondencia de España* del día 8; y como no tiene comentario, y creo que debe llevarlo, voy á ponerlo yo.

Después de tanto hablar del vigor de los rifeños, resulta que son unos alfileres que no pueden resistir ni tres mil palos siquiera.

Pero no es la destrucción de esta leyenda lo que más los interesa á los españoles, si no el demostrar á los moros que no hemos ido allí á coartarles la libertad en lo más mínimo, ni á atentar ni destruir sus humanitarias leyes ni sus costumbres piadosas.

¿Mandan éstas matar á palos al que comete un crimen, aunque sea á pretérito de defender su religión y su patria? Pues ya ven que nosotros no impedimos que se haga, aunque lo consideremos muy bárbaro.

Podíamos condenarlos á la horca, al garrote, fusilarlos... Pero, nada: que mueran con arreglo á sus venerandas tradiciones.

Así se enterarán de que no hemos ido allí con otro propósito que el de civilizarlos, y acabarán por adorarnos y bendecirnos, sin perjuicio de seguir asesinandonos.

Sobre el entierro de Morote

Señor doctoral de Madrid.

Muy ilustre señor canónigo de 16.000 reales: he leído la curiosa carta con que usted, en virtud de su cargo catedralicio, responde de orden de su Prelado á una Carta abierta en que la Liga Anticlerical protestaba contra el entierro católico de Luis Morote, príncipe de los heresiarcas españoles. Y ¡vaya una respuesta la de usted!

¡Chóquela, señor doctoral! este es un paso hacia adelante, de los más gigantes que se hallan en la Historia Eclesiástica; casi diríamos desde el propio San Pablo.

Quedan ahí fusilados el terrible «ni los buenos días» «ni el saludo»; y como usted dice, ya estamos todos dentro de una misma comunión, aunque no dentro del mismo comedero: entre canónigos y librepensadores no queda más separación que esta: siempre juntos, menos á la hora de comer. Todas aquellas fórmulas de los Papas saca mantecas en sus terribilísimas excomuniones, quedan por usted arrinconadas como fórmulas bárbaras y salvajes:

cosa que hasta aquí decíamos los de acá contra los doctorales precursores suyos. Conformes, pues, en que aquellas eran brutalidades salvajes de la Iglesia, reñidas no sólo con el Evangelio, sino con la buena crianza etc.

En una cosilla estamos en desacuerdo: esto es, en el juicio de los motivos que ustedes tienen para este cambio radical. Dice usted, y dudo que lo crea, que este cambio obedece al empeño de la Iglesia de conformarse al Evangelio, llevando la fraternidad á su mayor extremo dentro de lo que tocan las costumbres...

¡Oh, doctoral de mi a mal... Venga acá, á ver qué cara pone al decir eso. ¿Se ríe, picaresco?... Hace muy bien en reírse... ¡La Iglesia fraternizadora!... ¿Qué hereja! ¡La Iglesia sometida al Evangelio! ¿Qué barbaridad!...

Precisamente estos días el Papa acaba de ser condenado en un pleito sobre unos milloncitos que los tribunales han declarado no pertenecerle. ¿Es que el Papa no se ha enterado del paso aquel de la maldad de Cristo: *al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*... y de otro: *buscad el reino de Dios y no la añua dura*... y aquello: *reparte tus bienes á los pobres y sígueme*... ¿No se ha enterado de esto el Papa, ni el Prelado de Madrid? ¿Ni usted tampoco? Porque acuédese: en la oposición al canonicato, no iba á buscar el reino de Dios ni á dar á los pobres lo propio: vino á asegurar la rentecilla con lo ajeno...

Por esto digo parecerme que el tira y afloja de la Iglesia, tiene por motivo... ese... el comedero: la mayor gloria del comedero eclesiástico. Cuando se podían sacar al pueblo los jamones, tirando de la cuerda, funcionaba la Inquisición que daba gusto... ¡Oh dulces tiempos aquellos, en que usted me habría tostado vivo y se habría apropiado muy evangélicamente de mis fincas si las hubiera tenido!... Pero ya que tirando ven que la cuerda se va á romper, así jan... como el pescador con la trucha. ¿Verdad que esta y no otra es la brega eclesiástica?

Y vamos á lo de los cementerios.

Que no son institución evangélica ¡claro! son más bien antievangélica. «Dejad que los muertos entierren sus muertos», decía Cristo despreciando soberanamente al cadáver y el funeral. Y sin embargo de texto tan claro, ahí tiene usted la cripta de la Almudena... Arrímesese allá, amigo mío, y verá la profanación...

¡Uros muertos allá dentro! ¡Muertos, cuyas almas están seguramente, según vuestra fe, en el Infierno!... Y allí están los cuerpos aquellos por quienes pasaron todos los pecados... ¡Allí, al lado de la Hostia santa!... ¡Y ustedes sacándoles el dinerillo á los muertos y á los vivos, haciéndoles creer que aquello vale algo, que es evangélico, que es serio!... ¿Está esto conforme con su carta? Me parece que no. Y vamos á otro punto.

Señor doctoral: ¡vaya un ramalazo que les ha pegado usted á los devotos y al Prelado que autoriza tales «barbaridades»!

¡Pues y el ramalazo que larga usted á la Iglesia toda, al explicarnos la teoría sobre los cementerios canónicos!... ¿Que la Iglesia se resigna á las costumbres salvajes, bárbaras é indecentes de los pueblos? Pues para tal viaje no necesitábamos las alfojas de la Redención, ni de la misión divina. Cualquiera sastre de modas sabe hacer otro tanto. Los empresarios de teatros, cines, cafés y tabernas hacen otro

tanto: amoldarse á las costumbres... ¡y explotarlal

Pero eso, señor canónigo, no se llama religión, sino gitanería. El inventor del sistema no fué Cristo, sino el señor Monipodio, ó, si quiere un dios para patrón, ahí lo tiene: Caco.

Aparte este renuncio, en esa afirmación de usted hay un poquito de falsedad y de jesuitismo; porque no ha sido que la Iglesia se haya sometido á la barbarie de los tiempos, como usted dice, sino que de cada tiempo ha procurado recoger lo más bárbaro para utilizarlo como instrumento de tiranía, no soltándolo ni á tres tirones. Ejemplo, la Inquisición... Otro ejemplo, el Concordato... Cada día el *pueblo culto* ha de librar una batalla contra la Iglesia bárbara, que se niega á dejar su barbarie, sin excluir ésta de los cementerios, y estas otras del matrimonio, y el exclusivismo del culto, el monopolio y el presupuesto.

Por esto, señor doctoral, usted ha simulado mucha ignorancia de la Historia y ha inferido una grave injuria á los pueblos. Es el Papa, son los obispos y cardenales los que retienen las leyes bárbaras para sostener las costumbres bárbaras, y los que utilizan las costumbres bárbaras para imponer sus bárbaras leyes á los pueblos que tienen la desgracia de padecer el despotismo eclesiástico.

Y esto dicho, vengamos al caso de Morote y á su doctrina de la excomunión.

¿En qué quedamos, señor doctoral? Las excomuniones de la *Apostólica Sedes* quedan incursas por los actos en ella señalados, cometidos por los individuos; ó se incurren sólo por la declaración nominal del obispo y del Papa? En el primer caso, la doctrina de usted es disparatada desde los pies á la coronilla. En el segundo caso, mienten los Papas, los obispos y canonistas que enseñan aquello de *excomuniones ipso facto incurrendae*... y que no necesitan aplicación nominal pública, bastando para su efectividad que el sujeto ejecute públicamente los actos condenados, imponiéndose él mismo la excomunión. Cuales sean estos actos, allá los tiene usted especificados, y cuales esas personas, los liberales, los socialistas, los masones, los librepensadores...

Y he aquí el sofisma de usted, que de producirse en los ejercicios á la prebenda, le habría expulsado de ella por sofista adocenado, á saber: que para abjurar la fe católica, basta un acto público de los condenados por el Papa, porque tal acto supone un cisma en el Papa en sus excomuniones, en su Iglesia, en su autoridad, en sus indulgencias, y en su vicariato.

Es decir: la abjuración solemne de la fe católica, se hace por la profesión solemne y por la pública ostentación de creencias contrarias. Tal enseñaron los Papas en conformidad con Pero Grullo.

Y así se entendió siempre por los doctores del viejo y del nuevo continente y aún por los de la China, y así lo entenderá siempre el sentido común.

Pero usted echa mano del cubilete y nos escamotea esta verdad tan clara y palpable.

La teoría de usted es maquiavélica, de maquiavelismo tan maligno como ridículo; porque, según ella, el individuo que fué bautizado sin enterarse siquiera, quedaría *profesado* de católico, y no habría más medio de abjurar esa profesión, que la declaración episcopal. Por donde sería el obispo el que haría y deshacería católicos á capricho suyo y según la cuenta que le tuviese,

que es lo que se viene haciendo: éste quiere, éste no quiere...

Y en cuanto á Morote ¿no se ha enterado el obispo de Madrid, ni usted, ni el párroco, de los ciento cincuenta mil y dos actos públicos y solemnes con que Morote abjuró del catolicismo, haciendo alarde de tener el honor de no ser católico, ni cristiano siquiera; diciendo y repitiendo que consideraba el catolicismo como una infamación y como una deshonra? Si no se han enterado, ¿para qué diablos cobran el sueldo de pastores?

Y si estaban enterados, querido señor doctoral, usted habrá de reconocer que al enterrar en el cementerio eclesiástico á Morote, mientras subsista este carácter católico exclusivista, lo que se ha hecho ante su conciencia, ha sido *deshonrarle*, negándole los derechos y honras que se había ganado con la abjuración más solemne que puede imaginar católico alguno, renegando de la fe á todas horas, y llevando continuamente la contraria á las prescripciones de la Iglesia.

Usted todavía en su carta le niega el honor de haber dejado de ser católico. ¿Qué habrá que hacer para dársele á entender? ¿Comerse vivo algún obispo, bailar con el esqueleto de alguna monja, desollar media docena de frailes, pegar fuego á alguna iglesia ó machacar algún Cristo?... Pues, con sus teorías, ni esto serviría, mientras el obispo se hiciese el sordo.

¿Qué habrá que hacer, pues?

Amigo doctoral: ¡tan laxo en su carta que considere como católico á Morote, y tan nimio en lo de las bulas pontificias contra modernistas!... ¿Eso sois; unos puntos de doble baraja!... Tan pronto halláis tragaderas anchas para sorberos el Guadarrama entero, tan pronto os atragantáis con un cáñamón... Abrís el sagrario á Morote é imponéis censuras al Padre Mir. Aquí alegáis la fraternidad y allá la ferocidad.

Enterados. Esto no es Evangelio: es negocio.

Por todo lo dicho y mucho más que callo, la carta de usted, señor doctoral, me parece un ciempiés teológico y un sin piés ni cabeza canónico.

Quizás sea una socarronería para reírse del público.

¿No es nada de esto?—En tal caso ya sé lo que es—Es una salida por la tangente del renuncio en que la Iglesia ha sido cogida por el hecho anticatólico y católicamente escandaloso del entierro de Morote. El párroco primero y el cabildo catedral ahora, se han metido en un callejón sin salida, cometiendo lo que los cánones reputaron siempre una violación del cementerio sagrado.

Esto es lo ocurrido con el entierro de Morote, sin que valgan atenuaciones ni disimulos.

Es público y notorio, como no puede serlo más, que Morote era apóstata y renegado de la Iglesia, según el argot eclesiástico; y que fué el mayor y más acérrimo heresiarca, tanto en su vida pública como en su vida privada.

Para poderle enterrar en la Iglesia, era canónicamente indispensable una *abjuración* fehaciente de eso que ustedes llaman errores.

Usted ahora traba las cuentas, dando una vuelta al ambiente.

Nos dice que somos nosotros los que hemos de probar que Morote había abjurado los errores católicos. Esto, señor doctoral, es una salida impropia de personas que se creen serias. Nosotros probamos esa abju-

ración con la vida entera de Morote, sin que pueda citarse un hecho ni un dicho que le ponga excepción. Esto es lo que consta á todo el mundo.

Usted, el párroco y el obispo, son los que han de probar que Morote abjuró en forma debida esta moral y doctrina suya; y deben probarlo por cuatro razones:

1.^a Para desagaviar al mismo Luis Morote, que tenía el catolicismo como deshonroso, y por tanto tenía como deshonroso el entierro eclesiástico.

2.^a Para desagaviar á los secuaces de Morote, que tienen derecho á honrar su cadáver en su propia casa, y no en casa ajena de donde pueden ser expulsados por ustedes.

3.^a Para quitar el escándalo producido entre los católicos, que ven atropellada toda la moral de la Iglesia.

¿No hay valor para esto? Pues, en tal caso, el entierro de Morote constituye precedente; el cementerio eclesiástico deja de ser católico y patrimonio de católicos. Por donde ha pasado el gran heresiarca Morote, *han de pasar* todos los que sean menos herejes que él; es decir, todos los impíos.

Y esto es lo que procede establecer con firmeza y claridad: ó sale Morote del cementerio eclesiástico, ó queda prohibido á los párrocos rechazar cadáver de ninguna clase, declarando el cementerio *laicizado* y secularizado.

Al lado de la cruz parroquial puede ir el estandarte del librepensamiento.

Lo menos que el pueblo español puede exigir de la religión oficial del Estado y de sus oficiales, es la seriedad y consecuencia; pues para hacer comedias, hay otra profesión más propia y menos pretenciosa.

¿No le parece, señor doctoral?

Yo creo que usted está conforme conmigo, aunque diga lo contrario.

S. PEY ORDEIX

¡Venga la fórmula!

Al mozo de esta redacción, para el párroco de Los Dolores; á éste, para el obispo de Madrid; á éste, para su arzobispo, el primado de las Españas; á éste, para el Nuncio; y á éste, para el Papa.

Lo que diréis uno a otro de mi parte, en la forma que el respectivo protocolo ordene, para que mi intención sea entendida y mi voluntad respetada.

Cuéntase que Juliano el Apóstata estaba escribiendo aproximadamente como yo escribo ahora, y que sintió su mano trabada por otra mano invisible, habiéndole dicho el demonio que aque la mano era de Dios, se encará con Dios y exclamó irriado: «¿Así yo no soy libre?»

Ante esta pregunta la mano invisible quedó paralizada, sancionando con este portentoso milagro la libertad individual.

Y en uso de esta libertad, YO reclamo mi derecho para ir al infierno después de mi muerte, por saber que en él se reune todo lo selecto de este planeta en intelectualidad, gustos artísticos, sabiduría y distinción; y sobre todo, por haberme enterado hace poco de que, contra lo que el Dante nos dijo y YO creía, allí no hay papas, ni cardenales, ni obispos, ni curas, ni frailes, ni monjas, ni beatos, ni sér al-

guno que de cerca ó de lejos huela á Iglesia. Y reclamo á la vez, que si YO estuviere equivocado, y los hubiera, se comience desde hoy á construir un Infierno especial para mí y cuantos piensan como YO, es decir, para los francamente impíos, antirreligiosos y ateos, que no tenemos ni queremos tener cuenta ninguna con Dios, y por esto no lo tratamos, ni na la le pedimos, ni deseamos que nada nos conceda; apartamiento que se basa en la idea que nos han hecho formar de él los que se dicen representantes suyos, al atribuirle intenciones y actos horribles.

Y puesto que para ir al Infierno, donde no corro el peligro de encontrarme gente de esa, la Iglesia enseña que el mejor y más derecho camino es renegar de ella, censurarla, odiarla, abominarla y maldecirla, y YO lo he hecho siempre á conciencia y con un fervor y una fe que jamás empleó católico alguno para ganar el cielo; y como para coronar dignamente vida tan gloriosa, sólo falta que mis restos reposen bajo la tierra santa maldecida por el clero; y como la Constitución del Estado consagra este mi derecho á pudrirme donde se me antoje, y el Código Penal castiga á quien intenta llevar violentamente un cadáver á donde no quiere ir, YO extendiendo y hago público este documento previsor y preservativo:

«YO, José Nakens, ciudadano libre por la gracia de Dios y la Constitución, escarmentado con lo ocurrido á Morote, conjuro desde ahora á las autoridades de la Iglesia á que fijen y me señalen la forma y manera de abjurar solemnemente la fe católica, ya que al nacer me bautizaron sin tener siquiera la atención de consultarme, y me hallo, por tanto, dentro de la comunión católica como cualquier criminal que se encomienda piadosamente á Dios al acabar de cometer un asesinato; y quiero que mi abjuración (civil, civil y canónica tenga fuerza legal en los Tribunales, para que no se me turle después de muerto, y se sepa en el Cielo, la Tierra y el Infierno que esta es mi voluntad última y primera, única y perpetua.

Y execro y maldigo de antemano á cuantos tratan de hacerme violencia en este punto; y lanzo sobre todos y cada uno cuantas abominaciones y maldiciones lanzan Papas y Obispos contra los excomulgados, y abominos de los que pertenecen siquiera en profanar ó degradar mi cadáver al vándole al cementerio católico, ó de manchar é infamar mi nombre atribuyéndome deseos contrarios á los que expresados, declarándolos desde aquí reos de profanación, de impostura y de calumnia. Madrid etc.»

Y para que nadie pueda alegar ignorancia, reclamo que esta mi protesta se anote en el Registro civil y en todos los asientos que con mi nombre figuren en los libros de la parroquia á que pertenece la casa en que vivo, en los del obispado, la Nunciatura y la curia romana; y si no se hiciere, conste que doy todos esos libros por tachados y rasgados como vergonzosos, afrentosos, deshonor-

osos y degradantes para mí; y requiero á mis testamentarios para que, á semejanza de los católicos que hacen cubrir su cadáver con la bula de la Cruzada, cubran el mío con esta solemne declaración, para que no puedan alegar ignorancia ni excusa los que intentasen envilecerme después de muerto.

Esto, y lo demás que hiciere al caso para que se cumpla mi intención, diréis el uno al otro, por el orden que he enumerado: el mozo de la redacción al párroco, éste al obispo, éste al arzobispo, éste al Nuncio y éste al Papa. Y por si alguien dijere que ésta no es todavía una abjuración en regla, insisto en que se me dé la fórmula precisa para hacerla; que YO la suscribiré inmediatamente, y con pulso firme, aun cuando contenga los conceptos más duros y deprimentes para la Iglesia de Dios ó sus ministros. La cuestión para mí es asegurarme de que no será profanado mi *fiambre*, á pretexto de que fui bautizado y no abjuré en forma de la religión que me impuso aquel sacramento, que á lo mejor le rompen á uno en España los mismos que se lo administran.

Madrid 9 Junio 1913.

JOSE NAKENS

Un simil

Las relaciones entre los jefes republicanos y las masas del partido, son muy parecidas á las que mantienen el acreedor de buena fe con el deudor de mala.

Este, al recibir el préstamo, se compromete solemnemente á devolverlo en el plazo convenido, y aquél confía en su palabra.

Cumple el plazo, va á cobrar la cantidad el acreedor, y el deudor lamenta no poder entregársela por éste ó aquél accidente inesperado, mas le ofrece hacerlo para tal fecha.

El acreedor se retira refunfuñando, pero seguro de que el deudor cumplirá fielmente lo prometido.

Llega el día señalado, acude puntualmente á la hora fijada, el deudor le suplica que le aguarde un mes más, pues le ha salido mal una combinación y no puede cumplir lo ofrecido.

Alza un poco la voz el acreedor, pero al fin concede el plazo nuevo, amenazando con hacer y acontecer, si el deudor le falta en la fecha fijada.

Al llegar esta fecha, ocurre lo mismo; y entonces ya el acreedor grita, se enfurece y hasta insulta, pero acaba por avenirse á aguardar otro mes; el último.

Llega el último, y se presenta más serio, pero menos agresivo; ha comprendido que se exponía á no cobrar si continuara hablando muy fuerte.

Y se encuentra con que el deudor es el que ahora grita en cuanto él le hace alguna observación: parece como que busca que le pegue, para negarse al pago en nombre de la dignidad.

Vienen por fin, á buenas, y fijan otro

plazo; y luego otro, y otro más tarde, ocurriendo en todos exactamente lo mismo; esto es, que el deudor no paga, y cada vez grita más fuerte, y el acreedor no cobra, y cada vez está más amable, sin perder nunca la esperanza de cobrar.

Precisamente lo que ocurre entre las masas republicanas (acreedores) y los jefes republicanos (deudores). Nunca se convencerán ellas de que ellos las entretienen con disculpas inadmisibles para no hacer la revolución que les ofrecieron.

Convendría así

Leo en *El Liberal* de hoy lunes el telegrama siguiente, expedido en Bilbao:

«Un accidente de automóvil ha ocurrido en la peregrinación de Urquiola.

La Compañía de Automóviles de Lequeitio estableció un servicio de transportes desde Durango hasta Mañaria, y desde este último punto los peregrinos habían de subir á pie al Santuario.

Al regresar la peregrinación, cerca de las tres de la tarde, y antes de llegar á Durango, volcó uno de los automóviles, matando á un joven seminarista, de dieciocho años, el amado Antonio Iruretagoyena, del Seminario de Zarauz, que resultó con la cabeza completamente aplastada.

Otros cuatro viajeros cayeron al río al volcar el coche, y los demás que iban en el automóvil resultaron gravemente heridos unos y contusos los demás.

Casi todos los heridos son de Bilbao.

Los peregrinos regresaron en tren especial y la noticia y detalles que dieron del accidente han causado honda impresión.

Respetando los inextinguibles designios de la Providencia, sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol ni vuelcan los automóviles, declaro modestamente que no me explico la catástrofe á la vuelta de la peregrinación, cuando vendrían todos los romeros limpios de toda mancha y pecado.

Pero como estas cosas misteriosas son tan oscuras, me agarro para medio explicármelo á esta frase que usan los católicos cuando les ocurre alguna desgracia: «Dios sabe siempre lo que se hace; y cuando ha hecho eso, sería porque así convendría.

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,

POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDA

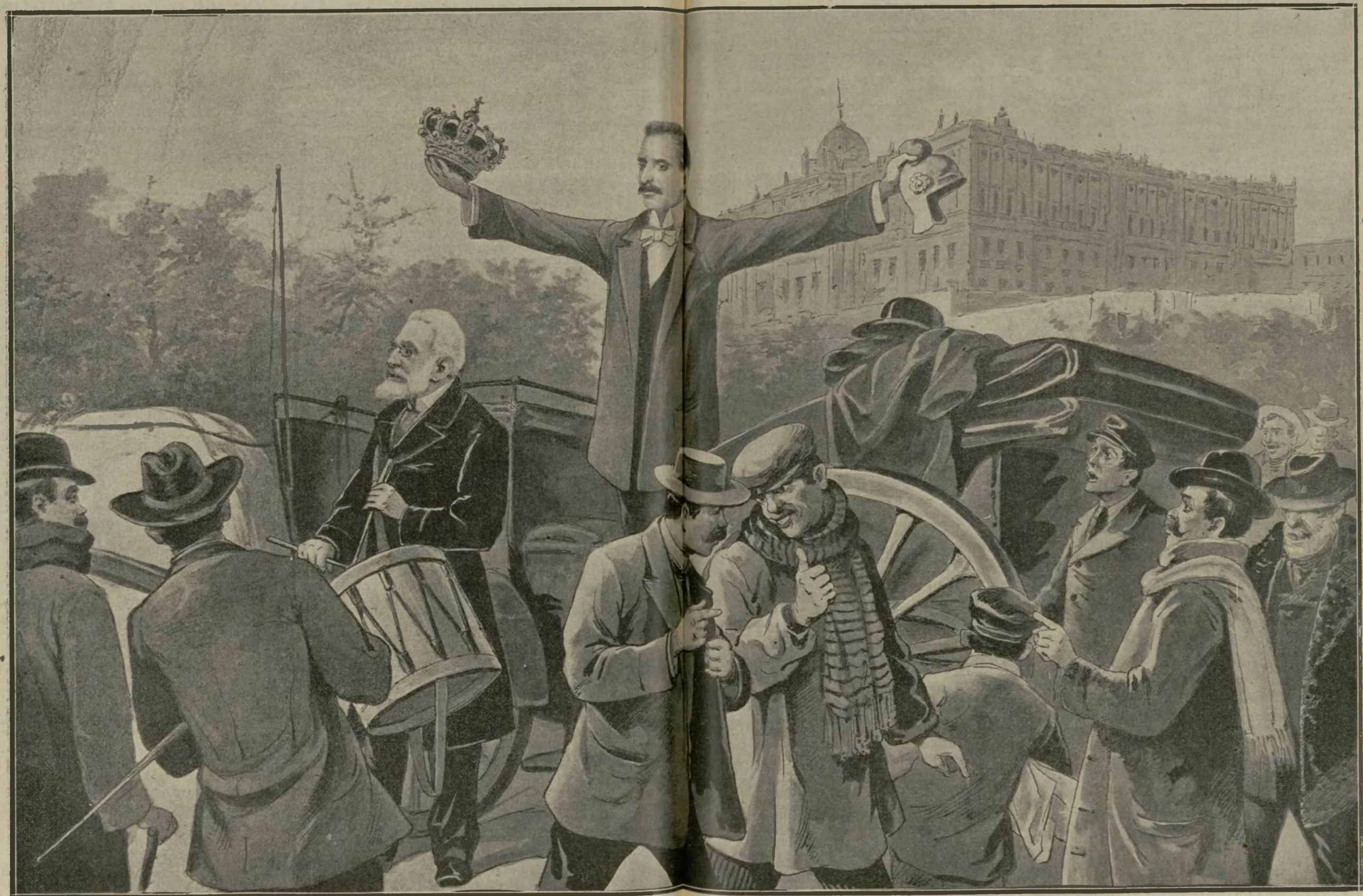
ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

LA RELIGION
al alcance de todos

Una peseta

EL MOTIN



En vano me desgañito. Los republicanos no tragan el cartucho de perdigones.

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma y sigue..... 3690'23

Trini Vila, 0'10.—María Vila, 0'10.—Mónica Añño, 0'50.—Lolita Soler, 0'30.—Antonia Serra, 0'50.—Antonia Valero, 0'50.—José María Martínez, 0'50.—Luis Diego, 0'10.—Alfredo Fluixá, 0'10.—Antonio Gisbert, 1'00.—Tomás Soler, 1'00.—Miguel Gómez, 0'50.—José Gisbert, 1'05. (Todos de Alcira)..... 6'25
Julián Bagueira (Uncastillo).. 1'00
Florencio Rived (idem)..... 1'00
G. M. (Tarragona)..... 5'00
J. Comas (Bellver)..... 1'00

Del Centro «Unión Republicana Graciense» de Barcelona.

Abanderado U. Rep. Gracien-
se (fiesta del Coll) 2'50.—Juan
Fusté, Juan Rovira Palau, con
2 pesetas. Juan Casas, Baudilio
Balart, Antonio Solé, José Bat-
llori, Raimundo Rufiandes,
Francisco Font, F. O., Enri-
que López, Antonio Solanas,
con 1'00. José Ferrer, Félix
Torán, Juan Camell, José Gra-
cia Sucln, Salvador Barbará,
Francisco Buguera, Joaquín
Armisen, Salvador Coma, Ma-
gín Prunera, con 0'50. José
Bonet, Salvador Soló, con 0'30.
Vicente Delago, Ramón Gill,
José Franco, Eugenio Sánchez,
Ramón Bendia, Antonio Bar-
bado, Ramón Barart, Armisto,
Ramón Palau, con 0'25. Ma-
nuel Peyrón, Pascual Pérez,
Ramón Lozano, José Dolcet,
José Farriol, D. mingo Curto,
Pedro Moras, Francisco Mont-
serrrat, Francisco Clerias, Juan
Barraceta, Francisco Alíense,
Antonio Grau, José Monté, Jo-
sé Gallofre, Alfonso Gascón,
E. López, Manuel Mora, Ra-
fál Llauradó, Ramón Solanas,
con 0'10..... 24'75

Martin Ruan (Gorgona Pana-
ma).....
José Rodríguez, 1'00.—Anto-
nio Rodríguez, 0'50.—Ramón
Juez, 0'50.—Manuel Barquero,
0'50.—Pedro Ruiz, 0'50.—Al-
fredo Ruiz, 0'50.—Vicente Ru-
bio, 0'50.—José Vara, 0'50.—
Juan Amador Romero, 0'50.—
(Todos de Ta'avera la Real). 5'00
José Juarez (Venta de Cárde-
nas)..... 1'00
Mariano Rico (Illescas)..... 0'40
Modesto Serrano (Más de las
Matas)..... 0'50

Suma y sigue..... 3736'13

Suma anterior..... 3736'13

Reinero Agüelles, 1'00.—Fra-
ternidad R:publicana, 10'00.—
Gonzalo García, 1'00.—Valen-
tin O hoá, 1'00.—Felipe Mat-
to, 2'50.—Jo: quín F. Paredes,
1'00.—Antonio Muñoz, 1'00.
Benigno Ferrández, 1'00.—
Antonio Suarez, 0'50.—Juan
P quero Vallina, 0'50.—José
Ceto, 1'00.—Faustino Canga,
1'00.—Honorino Montes, 0'50.
(Todos de Sama de Langrec). 22'00
José Caballero (Trebujena).. 0'50
Rosendo Castell, 5'00.—Eula-
lia Vela de Castells, 5'00.—
Hómoro Castells Vela, 5'00.—
Violeta Castells Vela, 5'00.—
Esmeralda Castells Vela, 5'00.
(Todos de Madrid)..... 25'00
Tiburcio García (Gor oncilic). 0'25
J rge Lepiz (Millen)..... 0'25
F ancisco Serra (Mayals).... 0'25
Sebastián Ascón Jové (idem) 0'75
Manuel Avilés (Antequera)... 15'00
Juan Pér:z Guzmán (idem)... 5'00
Celestino Gatiérrez (Torresan-
dino)..... 0'50
Dos republicanos (Manresa).. 1'00
Un corresponsal que no es ra-
dical (idem)..... 0'50
María Navas Sánchez, 0'50.—
José López Díaz, 0'50. Vizen-
te Roldán Vázquez, 0'50. (Los
tres de Cortegana)..... 1'50
El de la otra vez, 2'00.—C. Se-
rrano, 0'50.—E. Bazán, 1'00.
—G. Lorun. 1'00.—Tres ge-
rundeses, 0'75.—A. Mañiz,
3'50.—Casino Radical de To-
rre o, 10'75.—I. Lucea, 1'00.
—U obrero, 0'50. (Todos de
Zaragoza)..... 21'00

Suma y sigue..... 3829'63

El libro anticlerical

Después de tantas cosas, y tan buenas,
como ha dicho Nakens respecto á esta ma-
teria, parecerá intromisión superflua el
que yo meta cucharada en este asunto;
pero como me toca al alma y me llega al
bolsillo, y el P. Ferrándiz me está metien-
do los dedos en la boca, quiero decir cua-
tro palabras, mejor dicho, cuatro verda-
des respecto á los libros anticlericales, su
venta y la persecución de que son objeto.

Se ha dicho muchas veces que la piuma
anticlerical sólo goza en España libertad
en Madrid y en Barcelona. Pues, bien; esto
no es verdad: ni en Madrid, ni en Barce-
lona, ni en punto alguno de este desdicha-
do país, existe ambiente de exp nsión
para nada que sea hostil al clericalismo,
ni en obras, ni en escritos. Todo el mundo
sabe la saña con que los fariseos persi-
guen en la corte toda publicación anticle-
rical; que lo digan *España Nueva*, *El Ra-
dical* y *El Motin*, que son los únicos pe-
riódicos que en la capital de España sos-
tienen la batalla de enfrente contra el ene-
migo común, y que lo confirman Nakens,
Pey Ordeix y el P. Ferrándiz, cuyos li-
bros no tienen cabida en las numerosas
librerías de la corte, llenas de porquerías

literarias y de esperpentos impresos. ¿Hay
en todo Madrid un editor que se atreva
á editar un libro escrito por alguno de
los citados señores? ¿Hay algún librero que
tenga agallas para exponer en su escapa-
rate durante media hora un libro fruto de
las plumas avanzadas?...
No; bien claro nos lo ha dicho Nakens
repetidas veces, hablando por triste expe-
riencia: ninguno. A casa de Antonio Rubi-
nos (Mesonero Romanos, 15) envié yo vein-
te ejemplares de mi libro recién publica-
do, *El atentado personal y los jesuitas*, la
obra más contundente que se ha escrito
contra los jesuitas en España; pues toda-
vía no ha co ocado ni un ejemplar, por-
que los señores libreros que venden *El
portero de los cartujos* y *El baroncito de Fo-
blás*, que son libros que se leen con la ma-
no en el cuerpo de guardia y en los re-
tretes de los colegios no se atreven á ven-
der nada escrito contra la Compañía de
Jesús, á la que tienen un miedo cerval; y
me consta que á los que han buscado por
las librerías mi obra se les ha contestado:
«No tenemos noticias de que exista tal
libro», cuando debían decir: «Sí, señor, nos
lo han ofrecido; pero el miedo á los re-
verendos Padres nos ha impedido acep-
tarlo.» Y debido á esto he tenido que ro-
gar á Nakens que convierta la Adminis-
tración de *El Motin* en librería, y que
venda allí mis libros, única manera de que
los pueda adquirir en Madrid el que quiera.

Pero hablemos de Barcelona, en la que
llevo residiendo dieciocho años, dieciséis
de los cuales llevo invertidos en publicar
libros anticlericales y hacer campañas de
la misma índole (trece años en un mismo
diario) y que por tanto sé muy bien los
puntos que calza en esta materia, y la li-
bertad y atmósfera que hay aquí para las
publicaciones avanzadas. Aquí no existen
más que dos periódicos diarios genuina-
mente anticlericales, que son *El Diluvio* y
El Progreso; todos los demás son clerica-
les más ó menos disimulados ó falsos libe-
rales respetuosos y serviles con los cleri-
cales hasta dar náuseas. Semanarios que
confiesen su antipatía á todo lo que huele
á incienso, no hay más que los de abolengo
legítimo radical; todos los demás pastelean,
adulan y tiemblan medrosos ante una so-
tana.

Los libros anticlericales no se venden
en ninguna librería, ni los quieren, ni se
atreven á exhibirlos, aunque les dieran
mil duros por cada uno. Y lo mismo suce-
de con los quioscos. Los libros de Nakens
y de Pey Ordeix sólo se encuentran en el
quiosco de Ferrer (Paseo de Isabel II,
frente á la Bolsa), y es inútil buscarlos en
otro sitio. Mis libros sólo se ha atrevido
con ellos una librería extranjera de la
Rambla de Cataluña (la de Echneicer); en
cambio otra, situada en una de las vías
más principales, cuyo dueño ha inundado
á Europa de libros pornográficos y lámi-
nas obscenas (ha sido procesado varias ve-
ces por esto), y que hace poco tiempo
exhibía en sus escaparates *El canapé de
Venus*, *Manual de sodomía*, *Cartas amoro-
sas de un fraile á su discípulo*, etc., etc., no
quiso aceptar por nada del mundo mis li-
bros. En la Ronda de la Universidad, á la
dueña de la librería la dió un síncope
cuando desataron el paquete de mis libros,
y los escondió en el más lóbrego rincón de
su tienda, hasta que fuer n á recogerlos,
y sin embargo, en aquella casa se venden
cosas bastantes sucias. De la librería de
Antonio López, que fué avanzada y anticle-
ricala en sus tiempos, es inútil que hable-

mos; todo el mundo sabe que de allí está desterrado todo libro hostil al clericalismo y á la Iglesia. Su dueño dice: «Que esas cosas no tienen salida».

De manera que aquí los mayores enemigos del libro avanzado y anticlerical son los libreros y los vendedores de periódicos; después vienen los esbirros de la Molestia Social, los fariseos *liberales* el brazo secular puesto al servicio de la Iglesia, de mostrando todo esto que Barcelona en esta materia es un Avila ó un Zamora con medio millón de habitantes. Así nos luce el pelo á los imbéciles que los escribimos.

FRAY GERUNDIO

Dudas

La gente empieza á preguntarse qué clase de mansión será el paraíso, cuando se manían á él tantos facinerosos con sólo que digan poco antes de morir, y cuando ya han perdido toda esperanza de reanudar las reincidencias, que se arrepienten.

Y comienza también á creer que lo mejor será no hacer méritos para ir á un lugar donde le forzosamente hay que rozarse con tanto virtuoso de última hora.

El lujo y las mujeres

Sabido es que las mujeres se visten y se adornan de ilusión. Llevan encima por valor de catorce ó quince mil francos, y todo ello vale en realidad muy pocas pesetas.

Las pieles bautizadas en el comercio con los nombres pomposos de armiño, marta del Canadá, nutria, zorro argentado y otras de difícil y costosa adquisición, en realidad proceden de más familiares animalitos, y entre ellos la inapreciable *marta tejadina* del *Morrongus domesticus*, vulgo gato.

Para la explotación de las pieles se ha constituido en los Estados Unidos una gran Sociedad dedicada á la cría de gatos.

No puede decirse que en esta Sociedad sólo figuran cuatro gatos; los mininos se cuentan por millones. Lo que sí puede asegurarse es que los accionistas no pasan de ser unos pel-gatos.

Esta gran Sociedad, constituida como cualquier sociedad humana, á base del mutuo devorarse de muchos explotados, en beneficio de unos cuantos explotadores, se dedica también á la cría de ratones para alimento de los gatos, y á su vez, alimenta á los ratones con la carne de los gatos, cuyas pieles vende. No puede darse mayor aprovechamiento.

De esta hecatombe de gatos y ratones proceden muy saneados dividendos para los accionistas, y de esa gran cantidad de armiños, nutrias, zorros argentados, etcétera,—abrigo y gala de las mujeres,—abrigos, estolas, manguitos y orlas de vaporosos vestidos. Nada tan elegante como la combinación de gasas con pieles.

En el mundo no habría armiños bastantes si todas las pieles vendidas con este nombre fueran tales armiños. Y hay que advertir que el verdadero armiño tiene peor vista que las imitaciones.

Martas y nutrias también hubieran desaparecido si gatos y conejos no acudieran al reparo. De zorros y zorras es mayor la

abundancia, pero como á Dios gracias es mayor el número de señoras, también hubieran llegado á ser rareza sin el socorro de otros animalitos. Por cierto que esta piel no se recomienda para guarnecer des-cotes si quieren evitarse confusiones desagradables.

Asusta pensar cuántas vidas sacrificadas supone el tocado de una mujer elegante. ¡Piel, plumas, tejidos! Todo ello es la vida de muchos animales. No contemos la vida del que paga, que bien pudiera ser un hombre inteligente.

Ni la vida de los obreros y obreras, alimentados por el mismo procedimiento que los gatos y los ratones en la gran Sociedad explotadora de pieles.

¡Cuántas cosas es un traje! ¡Interesante asignatura para ser explicada en la Escuela de Hogar!

¡Si las damas elegantes presenciaran por una vez el sacrificio de los animales, el trabajo de los obreros y la vida de miserias que es su recompensa, todo lo que supone y significa una sola de sus *toilettes*, seguramente renunciarían á tan costoso adorno, y una túnica de lino volvería á ser su honesta vestidura.

¡El lujo! Las mujeres ponen en él todas sus ambiciones. Creen que es una fuerza. Y es como los armamentos en los grandes Estados: una fuerza aparente que es una miseria efectiva.

Las mujeres, como las naciones, deberían tener presente lo que dijo el filósofo de la insolente Roma: «¡Sobre nuestro lujo pesa el odio de los vencidos! Todo opresor viene á ser esclavo. No está más sujeto el que á más sirve, sino el que de más necesita ser servido.»

¡El lujo! La mujer cree que es una fuerza, se ufana con verse bien adornada, como el caballo bien enjaezado; no ve que los costosos adornos dicen su debilidad más que su fuerza, como los arreos lujosos, más que la libertad del corcel dicen la riqueza del dueño.

En los tiempos de la esclavitud en Cuba, era gala de las señoras vestir y adornar á sus negras esclavas, en los días de *cumbe*, con ricos trajes y las alhajas mejores de sus dueñas. Acaso la vanidad femenil lo graba que las pobres negras olvidaran por unas horas toda una vida de esclavitud.

Acaso también nuestras mujeres prefieren el lujo á la libertad. Pero cuando hablen de redención, piensan que no es el amor, ni el matrimonio, ni las leyes, ni la sociedad lo que las hace ser esclavas: es el lujo. Aprendan á ganar lo necesario y no tendrán que venderse por lo superfluo.

Ni el amor, ni el matrimonio, ni las leyes, ni la misma necesidad esclavizan á la mujer como el lujo. Hay mujeres que no se venderían por hambre, y se venden por... una de esas pieles de gato que parecen de armiño.

Para el hambre que se padece por el mundo son menos los delitos cometidos por hambre que por un lujo cualquiera. Se roban más brillantes que panecillos. Se dirá que valen más los brillantes. No lo sé. Pero si dais á una mujer un pedazo de pan quedará agradecida. Si la dais un brillante es posible que le parezca poco y se diga para sus adentros ó en confianza con las amigas, ó en el seno amoroso de sus padres: «¡Y que tenga una que poner buena cara á un tío sinvergüenza por esta porquería!»

JACINTO BENAVENTE

La carne que sobra

Lentamente, con paso tardo, caminan por las vías de la ciudad unos seres que en su rostro llevan marcadas las huellas de su condición miserable, de sus sufrimientos.

Son hombres y mujeres, ancianos y niños, que acosados por el hambre que como brutal castigo les impuso el cacique, abandonaron su hogar después de enagenar sus ganados y sus tierras, base de su sostenimiento.

Estas pobres gentes, asombradas ante las magnificencias que encierra la urbe, extasiánse ante los escaparates radiantes de luz y adornados con objetos que nunca soñaron ver y menos poseer.

Sus labios dibujan una sonrisa triste. Sus ojos apagados, mortecinos, miran ansiosos á todas partes, ávidos de descubrir algo para ellos desconocido. Y así andan un día y otro día mientras tanto el Transatlántico enorme, gigantesco, no fondea en bahía, en el cual embarcarán para ser conducidos á tierras ignotas, donde tal vez les espere una vida más agria y más dura.

Y allá, como aquí, seguirán sirviendo para que con ellos puedan traficar los explotadores de la humanidad, y traducir su savia en monedas de oro...

ESCALPELO

Epístola á una dama

Otelo.—¡Amén decís, poderes celestiales! Ventura tanta poderar no puedo, felicidad tan grande me enmuéce. Esto y esto, las solas donancias besándola) de nuestros puros corazones sean.

(ACTO II.—ESCENA PRIMERA.)

Se enfurece usted, señora mía, contra los hombres celosos. El furor no es buen estado de ánimo para meditar sobre las debilidades humanas.

¡Y qué casualidad tan extraña! Usted, furibunda, mandando rayos que aniquilen á los que aman mucho, á los que amaron mucho, con mucha intensidad, y fueron escarnecidos, y fué su pecado y su desdicha el amar tanto; y una pléyade de filósofos, excesivamente filósofos, artífices del estilo, alejados del cuadro, determinando en frío lo que el hombre ha de hacer cuando su corazón es pisoteado, su amor vendido, ultrajado y manchado.

Si usted, señora y los filósofos que se hallan fuera del cuadro pudieran hallarse en lugar de los cálidos amadores que matan al bien amado que los traiciona, es seguro que usted y ellos no se entretendrían en trazarles normas caprichosas de conducta.

¿Pueden afirmar cuál sería la de ustedes en su caso? ¿Procederían de un modo frío, rígido, correcto, geométrico? Entonces, es seguro que no amarían con toda el alma.

¡Va tanta diferencia, señora, de hallarse fuera del cuadro ó dentro del cuadro!

Es casi seguro que los que critican á los celosos que delinquen, y hasta á todos y á todas las que delinquen, en el mismo caso procederían de la misma suerte.

Pero ¿qué hemos de perder el tiempo en vanas disquisiciones, que durarán mien-

tras el mundo exista, mientras haya amor eternamente?

Voy á relatar á usted, señora mfa, algunos hechos observados por mí, documentos humanos no imaginados ni soñados, sino vistos, sacados de ese inmenso arsenal que llaman vida. Atiéndame un instante:

Yo traté mucho á una familia distinguidísima, honrada, respetable por su abuelo y por el cargo nada fácil de desempeñar que su jefe tenía.

Conoció y trató á una señorita, hija de esta distinguidísima é inmaculada familia.

Esta joven había sido educada en el temor de Dios y en los respetos más intensos al honor. Era buena, era dócil, era una santa. No necesitaba que ningún hombre la dictara ni la redimiera de pobreza, ni de desnudez ni de ignorancia. Tampoco buscaba ella el matrimonio en beneficio de los suyos.

Un día, después de algunos años, víme sorprendido por una historia triste, horripilante.

Aquella joven habíase casado y había quebrantado sus deberes. Su marido asalarido espías, pagó espléndidamente á los servidores, sorprendió cartas y retratos, y calló. Agazapado, sin denotar absolutamente nada, ni el menor detalle ni el menor gesto, cada vez más amoroso, se percató de todo, obtuvo las pruebas de su deshonor y siguió sonriente, callado. ¿Puede usted presumir siquiera lo que hizo después?

Entrevistóse con el amante de su mujer, y, en frío, como un avaro, como lo haría Shylock, le echó en cara, no que le afrentaba, sino que no satisfacía los gastos de su mujer, de aquella arrogante mujer, que él también disfrutaba; le arrojó al rostro que no pagaba cuentas de sombreros, ni de vestidos, ni de calzado, ni de ropas blancas, ni de perfumes; que no la alimentaba ni hospedaba, y que, por lo tanto, comecía con él una tremenda estafa, y que, por tal motivo, después de pensarlo mucho, después de largas meditaciones, de consultarlo mucho con la almohada, había resuelto regalársela, donársela; puesto que la disfrutaba, debía costeársela.

Y al día siguiente de esta escena fría, fría como un puñal, fría como una espada, fría como el diamante, más fría que el mármol, más fría que la nieve, más dolorosa y desgarradora que todas las escenas trágicas de celo; al siguiente día, después de esta escena ruin, cicatera, miserable, silenciosa, correcta, tomó del brazo á su mujer amada, á la madre de sus hijos, á su propia mujer, vestida por mandato suyo con mucha modestia, con lo más usado, porque iban, según él, á ejercer obras de caridad, y ya en la calle, en una calle desierta, casi sin edificaciones, alejada de la población, en silencio, correctamente, correctísimamente, sin siquiera inmutarse al medio día, en pleno sol, le mostró cartas, retratos, obsequios, recuerdos; le mostró pruebas y le citó toda la historia de su culpa desde hacía dos años, sin dejar de referirle la entrevista con el amante; y en frío, amablemente, mintiendo, engañándola, la recomendó se fuera á vivir con él, que él se había comprometido á albergarla, vestirla, calzarla y costearla todos sus gustos y caprichos.

Y este caballero frío, rígido, impasible, dió orden terminante á los servidores para que jamás volvieran á recibir á la «señora», ni siquiera á mentársela.

Y la cuitada, sola en una población inmensa, sin hábitos de trabajo, sin medios de fortuna, abandonada del marido, sin valor para afrontar á ninguna de sus relaciones, separada de los hijos, á los que no volvió á ver, llamó á la puerta del amante, pero éste, cobarde, miserable, vil, apegado al dinero, había huido.

Y la sin ventura lloró, y rodó, y rodó, pero sin arte, sin ese gran talento, sin esa gran sagacidad, sin esa gran adivinación psicológica instantánea, para sorprender al hombre, leer su carácter, analizar hasta la última fibra de su corazón, las pasiones expansivas ó concentradas que le atacan, á fin de explotarlas, de sacar de ellas el mejor partido; adivinación genial, indispensable á las vendedoras de amor, si han de venderlo bien, lo más caro posible.

Y la sin ventura rodó rápidamente hasta lo más abyecto, hasta el fondo del cieno.

Su familia austera, rígida, de una moralidad impía, de esas moralidades que ponen espanto, mucho más espantosas que las más tremendas inmoralidades, no respondió ni una sola vez á las súplicas, lamentos y peticiones de la infeliz, y ella hubo de finar en un Hospital.

Diga usted, señora, ¿cuál es más repulsivo: Otelo ó Shylock? ¿Cuál es el más digno de perdón, Otelo, el asesino de la inocente Desdémona, ó este otro asesino de una culpable, frío, correcto, impasible, calculador, cicatero, sociable, ceremonioso, que no pierde ni un minuto la serenidad, que no se descomponen, ni se siente enloquecido, ni asfixiado por los celos, y revisa los gastos y las cuentas de su esposa, y le hace comprender al amante que lo estafa, que él sólo siente que lo estafa, y se la dona y se la regala para siempre; Otelo, ó este otro asesino sin corazón, sin nervios, sin sangre, viscoso, que no estrangula, como Otelo, que no pide sangre ni derrama sangre, que no vierte una lágrima, ni produce un rasguño, ni quiere desafiñar en el concierto de las mentiras convencionales, ni altera sus facciones, ni su voz se demuda, ni grita, ni lanza un alarido, y asesina lenta, muy lentamente, en la legalidad, sin temor al Código ni á los jueces, y asesina de una manera odiosa, enviando á su víctima después de revolcarse por todos los antros de la miseria, al lecho del Hospital y á la fosa común?

Otelo, al comprender su error, dice: Y de uno hablaréis forzosamente, que no amo cual discreto, sino mucho; de uno cuyos ojos ya sumisos, aunque llanto verter apenas saben, lágrimas hoy derraman tan aprisa como su goma el árbol de la Arabia.

El héroe de mi historia calla, no se inmuta; conocedor del alma humana, aguarda fríamente, aguarda, aguarda que el amante vil y canallesco cierre su bolsa á la que ha caído, escape, huya, y que la esposa ruende hasta el lecho de un Hospital, y ni aun en el último trance accede á verla.

Señora, respetable señora: lo mejor sería que hombres y mujeres fuesen ángeles, el amor perdurable. Mas como no es así, y el dolor es eterno, y el amor es dolor, y no se halla sometido á la voluntad de nadie, y es inconstante, ingrato, traidor, loco, voluble, asesino, y producirá siempre grandes deliquios é intensos dolores, responda: ¿por quién se decide, por Otelo ó por Shylock?

Señora: un filósofo, creyendo haber descubierto el fundamento humano verdade-

ro de la moral, exclama: ¡La Justicia, primera virtud! No: la Piedad: eso que vibra en todas las almas, eso que se impresiona, se conmueve ante el dolor ajeno, ante el delito, ante toda caída, considerando su flaqueza propia, perdona, olvida y ayuda al que cayera á levantarse, y redime, y socorre, y enjuga lágrimas, y enmienda los errores de la sociedad y de las leyes, de los anacronismos y egoísmos que la dictan; la Piedad es la primera virtud.

La Justicia sin la Piedad, sería odiosa, sería vengativa, esquinada, repulsiva; sería la bárbara y repugnante ley del Talión.

Señora: atengámonos todos á la piedad, seamos compasivos con las mujeres y con los hombres, con cuantos delinquen, con cuantos creen, porque ellos obedecen á leyes hereditarias físicas y psicológicas; obedecen al medio en que vivieron y al en que viven, y son juguetes de sus pasiones exaltadas ó cortariadas por las circunstancias.

Señora: ¿no ha oído usted hablar nunca de la irresponsabilidad?

Respetuosamente besa su mano,

DOMINGO ALVAREZ

Contradicciones

«Serpientes, generación de víboras, ¿cómo podréis escapar á la pena del infierno?» Esas palabras no son de Jordano Bruno, ni de Voltaire, ni de Paine, ni de Bradlough, ni de Ingersoll. Las pronunció el «dulce Jesús» contra los que se negaban á reconocerlo como el Cristo de los Judíos.

Esto no quita para que se diga que Cristo mandaba «perdonar á sus enemigos», y que sobre esta frase hermosa se haya basado principalmente la religión católica.

Verdad es que en esta religión, como en todas las conocidas, se encuentran muchas contradicciones.

EL AHOGADO

Naturalmente, José tenía su genio, y, como él decía, D. Andrés le había faltado. Porque tienen la sartén por el mango y son ricos, se creen con derecho para llamarle á uno animal á cada paso. Ellos, que son ricos y han recibido educación, debían tolerar nuestras palabrotas, porque ya saben que somos unos brutos; y si no que nos enseñen. Pero se le vienen á uno encima con insultos, y si uno replica, porque hay por dentro algo de pundonor, ó lo que sea, á la calle.

Fué ello que José hizo un trabajo que no estaba a gusto del jefe del taller; y con eres un animal, y el animal lo será usted, y eres un insolente y ahora mismo te plantas en la calle, y venga la cuenta, y dime y dírete... y palabras gordas, total, que José se haló sin trabajo.

El era hombre decidido y hubiera ido al fin del mundo; pero ¿quién se movía con madre, mujer y cinco hijos!

Pasaron dos meses de idas y venidas, sin resultado ninguno; el crudo invierno se echaba encima y con él el hambre ate-

rradiera. Todo lo empeñable estaba ya empeñado.

José tenía un carácter alegre, pero aquello se ponía feo y la tristeza del hogar le invalidó. La pobre madre anciana, la mujer tan buena y tan trabajadora, los chiquitines tan monos, todos con hambre, todos en la calle el primer día, sacados á la fuerza, su madre arrastrada por el brutal casero sin entrañas... Este cuadro le horrorizaba. ¡N! No; eso no lo podía él consentir. Se recriminaba, se consideraba el culpable de todo por su maldito genio, por no haber tenido paciencia para aguantar los insultos de D. Andrés.

Tuvo mil tentaciones de robar, de matarse, de hacer una barbaridad; pero el recuerdo de sus hijos le templaba y ahogaba en sí los designios siniestros.

Un día triste del mes de Enero, nebuloso y frío, salió de casa dispuesto á todo. Desde el día anterior, nadie había probado bocado en casa. La anciana madre se empeñaba en salir á implorar la caridad con uno de los nietecillos.

Aquello fué un fustazo dado á su dignidad de hombre, y le dolió infinitamente más que los insultos del jefe, y se lanzó á la calle dispuesto á no volver á su casa sin hallar una solución á su miserable estado.

Caía una llovizna fría, nieve líquida. Reflexionó un rato; pensó ver á D. Andrés y pedirle perdón; pero, no; esto le avergonzaba, aparte de que sabía que era hombre duro, intratable, que jamás perdonaba. Lo mejor era irse derecho al dueño de la fábrica, á D. Tomás Argente, y allá se fué el pobre José, triste y acobardado.

Le animó mucho el que fuera recibido sin obstáculos.

Al entrar en el despacho del opulento señor, golpeabale el corazón furiosamente y los dientes le castañeteaban por el frío y la emoción. Estaba el despacho tibio, silencioso, hermosamente amueblado; cubría el suelo una rica alfombra, en la que los pies se hundían blandamente. Eran para él imponentes aquel silencio y aquel lujo, en medio del cual era una nota discordante su pobreza. El señor Argente hallábase sentado junto á una mesa llena de libros y papeles.

La miseria, como la ignorancia, crea una superstición; los romanos levantaron un altar á la fibra que los mataba; así la miseria medrosa mira al opulento como á un sér sobrenatural, semidivino, potente, y lo es, en efecto, porque tiene en su mano la muerte ó la vida del desheredado.

No pudo José articular una palabra; la emoción le ahogaba, y cayó á los pies del señor Argente sollozando. ¡Triste cuadro de la miseria á los pies de la opulencia, como la fiera amansada que teme al látigo y lame la planta del domador!

—¡Por mis hijos, señor, por mi pobre madre!—dijo José.—¡Deme trabajo, deme pan para los míos!

—¡Ah! Usted se portó muy mal...

—¡Perdón!

—¡Perdón, perdón!... Esas cosas se

piensan antes. El trabajador tiene que ser dócil...

—Lo seré; estoy arrepentido.

—Pero es tarde ya. Su plaza está ocupada. Siento no poder complacer a usted. Retírese.

El tono imperativo del opulento anonadó á José. Salió sin replicar, tropezando con todo.

Seguía la llovizna helada; apenas eran las cuatro y ya anochecía con un crepúsculo de infinita tristeza. Aterróle la idea de volver á su casa, y en su mente ardorosa se presentó la muerte, el miedo al tormento de la vida. Cruzó con resolución las calles que le separaban de la orilla del río, cuyas aguas abrieron al poco rato la fúnebre fosa que tragó el cuerpo del desdichado, volviéndose á cerrar, formando ondas que fuéronse ensanchando por series de círculos concéntricos hasta apiñarse en las orillas como para comentar la enorme desventura, la gran tragedia de la miseria humana.

LUIS AGUIRRE

El andamio

El cáñamo crujió. La angosta tabla describió un arco horrible allá en la altura; chocó el cuerpo de un hombre contra el muro, oyóse un grito de mortal angustia, y un cubo, dos pinceles y un obrero cayeron á la par en la vía pública.

Después que los objetos rebotaron sobre los adoquines, por vez última se mezcló con la sangre roja y viva aquella cal de nitida blancura, formando un charco de color de rosa que destallaba al sol como la púrpura.

—¡Al hospital!—gritaron varias voces aterradas, convulsas.

Alguien improvisó sobre dos leños un lecho de madera tosca y ruda que recibió en sus tablas aquella masa ensangrentada y sucia, dirigiendo sus pasos el cortejo al almacén de toda desventura.

Y cuando acongojados transeúntes comentan tristes la tragedia muda, se acerca el propietario de la finca al maestro y, mirando hacia la altura, le dice: —Que descuelguen el andamio que arriba se columpia, porque me está arañando las paredes y ahora cuesta muy cara la pintura.

MIGUEL REY

Anticlericalismo clásico

Los gajes del celibato

Arcediano.—Dicen que hay muchos clérigos que viven muy mal; y no casándose, tienen mujeres é hijos, tan bien y tan públicamente como los casados, de que se sigue mucho escándalo en el pueblo, por donde sería mejor que se casasen.

Lactancio.—¿Y de eso os pesa á vosotros?

Arcediano.—¿Y no nos habla de pensar que de libres nos hiciesen esclavos?

Lactancio.—Antes me parece á mí que de esclavos os querrían hacer libres los que quieren que os caséis. Si no, venid acá: ¿hay mayor ni mas vergonzoso cautiverio en el mundo que el del pecado?

Arcediano.—Pienso que no.

Lactancio.—Pues estando vosotros en pecado con vuestras mancebas, ¿no os parece que muy ignominiosamente sois esclavos del pecado, y que os quita de él el que procura que os caséis, é vivaís honestamente con vuestras mujeres?

Arcediano.—Bien, ¿pero no véis que parecería mal que los clérigos se casasen y que perderían mucha de su autoridad?

Lactancio.—¿Y no parece peor que estén amancebados, y pierdan en ello mucha más autoridad? Si yo viese que los clérigos vivían castamente, y que no admitían ninguno á aquella dignidad hasta que hubiese por lo menos cincuenta años, así Dios me salve, que me parecería muy bien que no se casasen. Pero en tanta multitud de clérigos mancebos que toman las órdenes, más por avaricia que por amor de Dios, en quien no véis una señal de modestia cristiana, no sé si sería mejor casarse.

Arcediano.—¿No véis que casándose los clérigos, como los hijos no heredan los bienes de sus padres, morirían de hambre, y todos se harían ladrones, y sería menester que sus padres quitasen de sus iglesias, para dar á sus hijos, de que se seguirían dos inconvenientes: el uno, que teníamos una infinidad de ladrones, y el otro, que las iglesias quedarían despojadas?

Lactancio.—Esos inconvenientes muy fácilmente se podrían quitar, si los clérigos trabajasen de imitar la pobreza de aquellos cuyos sucesores se llaman, y entonces no habría vergüenza de nacer aprender á sus hijos, con diligencia, oficios con que honestamente pudiesen ganar de comer, y serían muy mejor criados y enseñados en las cosas de la fe, de que se seguiría mucho bien á la República. Y así Dios me vala que esto, á mi parecer, vosotros mismos lo debíades desear.

Arcediano.—¿Desear? ¡Nunca Dios tal mandel Mirad, Señor (aquí todo puede pasar): si yo me casare, sería menester que viviese con mi mujer, mala ó buena, fea ó hermosa, todos los días de mi vida ó de la suya; ahora, si la que tengo, no me contenta esta noche, ¿dejola mañana y tomo otra: allende de esto, si no quiero tener mujer propia, cuantas mujeres hay en el mundo hermosas son mías, ó, por mejor decir, en el lugar donde estoy. Mantenéislas vosotros, y gozamos nosotros de ellas.

Lactancio.—¿Y el ánima?

Arcediano.—Dejaos de eso, que Dios es misericordioso. Yo rezo mis horas, y me confieso á Dios cuando me acuesto y cuando me levanto; no tomo á nadie lo suyo, no doy á logro, no salteo caminos, no mato á ninguno, ayuno todos los días que me manda la Iglesia, no se me pasa

día que no oiga misa. ¿No os parece que basta esto para ser cristiano? Esotro de las mujeres... á la fin, nosotros somos hombres, y Dios es misericordioso.

Lactancio.—Decís verdad; pero en eso á mi parecer, sois mucho menos que hombres; y no sé yo si será misericordioso para perdonar tantas bellaquerías, si queréis perseverar en ellas.

Arcediano.—Díjolas hemos cuándo seamos más viejos.

Lactancio.—Bien está: burlaos con Dios; ¿y qué sabéis si llegaréis á mañana?

Arcediano.—No séis tan supersticioso: sé que algo ha Dios de perdonar. Y veamos: ¿así querriades deshacer vos las constituciones de la Iglesia que han infinitos años que se guardan?

Lactancio.—¿Por qué no, si conviene así á la república cristiana?

Arcediano.—Porque parecería haber la Iglesia eso tanto tiempo errado

ALFONSO DE VALDÉS

Secretario del Emperador Carlos V. (Del libro *Un Día logo*).

Cosillas fiambres

Y á pesar de cuanto ocurre, soy de los que creen y esperan todavía: por esto mucho. Tengo ratos de desanimación; ¿y quién no los tendría?... Afortunadamente son cortos esos ratos.

No; yo no acepto la idea tan generalizada de que no tenemos redención; yo no me avengo á suponer que no quedan energías en un pueblo que tan grandes las tuvo.

Lo que creo, es que esas energías carecen de cohesión en nuestro partido; por eso le espeeio constantemente y en ocasiones lo fustigo. Si lo creyese muerto, me habría apartado de él ya.

¿Que hay entre nosotros hombres sin entusiasmos, incapaces de hacer el menor sacrificio? Lo sé; pero frente á esos, yo pongo á millares de millares de republicanos que vienen soportando durante más de un cuarto de siglo, en provincias más aún que en Madrid, las vejaciones, los atropellos, la pobreza, la miseria, sin abdicar de sus ideales; que sacrifican sosiego, fortuna y porvenir á la esperanza de morir en República; que pudiendo gozar con los que mandan, se enorgullecen de padecer con los que sufren; que se ofenderían de que alguien supusiera que podían negarse á prestar un servicio ó afrontar un riesgo. Y la prueba de que existen, está en que hay partido republicano todavía; ellos lo forman, ellos lo sostienen, ellos lo honran, y ellos lo redimen de los egoísmos, las cobardías y los acomodamientos de aquellos otros.—1900.

¿Qué de sacrificios ignorados, qué de posiciones renunciadas, qué de seres queridos sufriendo privaciones, qué de hombres convencidos cayendo lentamente en la fosa sin proferir una queja, todos por permanecer fieles á la causa! ¡Cuántas

persecuciones sufridas, de esas sordas que atacan la honra y los intereses, pero que no dan derecho á la queja y matan con más seguridad!

Y hablando hombres así en el partido, ¿vamos á desanimarnos por completo? No. Esperemos aún. ¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir? ¿No pudiera surgir algún acontecimiento inesperado que nos impulsara á la acción de la noche á la mañana?

Si; existen esos hombres de que hablo; hay más de los que creemos. Interróguense muchos republicanos á sí propios, y de seguro que se contestarán: «Yo soy uno de esos.»

Pero aun suponiendo que yo me equivocara en este juicio, ¿quién podría demostrarme que no son tal como los pinto? ¿Quién los ha solicitado en serio para empresas en que pudiesen haber probado que realmente no son así? ¿Qué hombres de importancia les han dicho: «Vamos todos, nosotros los primeros?» Pues si no se les ha puesto á prueba, ¿por qué asegurar que no responderían? Más bien parece que quienes dudan de ellos tratan de cubrir así las deficiencias propias.—1900.

El republicano es un gran edificio; pero como hace tiempo amenaza ruina por varios lados, venimos poniéndole puntales que su misma grandeza hace ineficaces; urge repararlo con solidez que desafíe al tiempo.

¿Podemos? Á la obra. ¿No? A derribarlo. Y una vez en el suelo, como se construyó con excelentes materiales y están muchos todavía en buen estado, á escogerlos y á hacer un gran edificio á la moderna.

Lo cuarteado, lo podrido, lo inútil, al hoyo de los escombros; lo sano, lo resistente, lo útil, á la edificación.

Sólo de esta manera podremos salvarnos.—1896.

Sigan la mistificación y la rutina, mientras los republicanos de buena fe no adviertan que, escribiendo circulares, celebrando mítins, creando comités, nombrando juntas, uniéndose en banquetes, etc., ni se levanta el espíritu, ni se reunen dos reales, ni se logra que nadie nos tome en cuenta, ni nos guarde respeto alguno, ni se decida á ponerse á nuestro lado trayéndonos lo que no tenemos.

Siga todo eso, en tanto una regencia sucede al primer reinado de la restauración, y otro reinado á la regencia, y perdemos colonias, y las ruinas se multiplican, y el fisco nos estruja, y el clericalismo nos aboga, al compás, eso sí, de amenazas ridículas, de imprecaciones melodramáticas y de críticas necias.

¡Esto se va! ¡La República en puertal! ¡Salvemos á España! ¡Los grandes infames! ¡Los que roban! ¡Asesinos! ¡La soberbia de Cánovas! ¡El tufé de Sagasta! ¡Martín de Campos cobardel! ¡Silvela el Cínico! ¡Abajo la monarquía! ¡Viva la República!...

En dar estos gritos y cien parecidos (salvo los paréntesis honrosos del 83 y

el 86, aunque mal preparados y peor dirigidos) hemos pasado 28 años.

Y los que pasaremos, si no se varía completamente de rumbo.—1902.

La unión revolucionaria no puede hacerse, si antes no se mandan todos los programas á donde diz que se fué el Padre no sé cuántos; creo que Padilla.

Si, es preciso ir á la unión desligados de todas las brillantes majaderías que nos han impedido entendernos de verdad: principios, programas, consecuencia... ¡Mala peste en todas ellas, que á tan ruin situación nos han traído!

Hoy por hoy no nos hace falta más que este principio: *la República*; más que este programa: *traerla*; más que esta consecuencia: *conservarla*. ¿Por qué medios? Por todos.

Si después de establecidas hay quien se viene con escrúpulos, se le anula; quien la desacredita, se le envía á presidio; quien se subleva, se le fusila.

¿Que algún principio se resiente por esto? Como si no. Debemos parodiar y practicar en los primeros tiempos de ya República la célebre frase de O'Donnell: «no moriré de empacho de legalidad».

Pueden, por tanto, desear sus temores los que creen que la unión puede ser otra cosa que revolucionaria, antes del parto, en el parto y después del parto.—1896.

Es innegable la superioridad de los republicanos sobre los monárquicos.

Ellos tienen dos partidos: nosotros cinco.

Ellos prescinden de todo por salvar la monarquía, aun cuando España se pierda; nosotros no prescindimos de nada para salvar á ésta, derribando aquélla.

Ellos callan y siguen su camino: nosotros gritamos y no nos movemos.

Ellos nos dominan, siendo los mejores; nosotros lo sufrimos, siendo los más.

Ellos, aun teniéndolo todo, dinero, poder, fuerza, no pueden competir con nosotros en Comités.

Ellos no celebran ni un mitín al año: nosotros muchos.

Ellos, impacientes y ligeros, á los seis años barrieron la revolución: nosotros, prudentes y sesudos, llevamos veintidós años soportando la monarquía.

Ellos mataron la República cuando España sostenía tres guerras: nosotros creemos que no debemos hacer nada porque hoy sostiene dos.

¿Y habrá quién, después de este parangón, se atreva ni á sospechar que no somos superiores á los monárquicos... en imbecilidad?—1896.

¿Quieres, pueblo, hallar algún remedio á tus males?

Proscribe de tu seno á todo el que, no siendo de asuntos técnicos, te hable más de treinta minutos seguidos.

Los charlatanes de frase sublime, lo mismo que los redondeadores de periodos son tus mayores enemigos, pues te

ofuscan, te arrastran y acaban por engañarte.

Fíjate en los anunciadores de drogas y específicos: mientras menos vale lo que venden, más se desgañan.

Platón quería coronar de flores a los poetas y desterrarlos después de la República.

Tú no debes llegar a tanto con los oradores; con no ir a escucharlos o silbar al que se exceda, resolverás la cuestión.

Fíjate en esto, que te importa.—1900.

A los diputados elegidos:

Ya tenéis en las manos el arma que deseabais. A esgrimirla contra la monarquía, y valerosamente, fieramente.

Nada de oposición a intervalos, como hasta aquí, ni de discursos que aumenten vuestra fama de oradores. Todas las horas de todos los días debéis ejercer de fiscales, para que la nación, actuando de juez, dicte su fallo.

Y no contentaos con acusar; tenéis que decirle a la vez al país lo que puede esperar de nosotros, sin vaguedades que le impidan concedernos su confianza ni promesas que no podamos cumplir.

¿Queríais ser diputados? Ya lo sois. Pero no para satisfacer vanidades pueriles, sino para algo más grande; para sorcar los cimientos de lo que existe y echar los de lo que debe levantarse.

Que ningún monárquico se os anticipe, como varias veces ha ocurrido, a combatir un abuso, a denunciar una inmundicia, a defender una causa justa.

En suma, que bagáis lo contrario que hasta aquí, si no queréis que el desprecio de todos los republicanos os haga retiraros a la vida privada.—1898.

Un periódico ha escrito, dirigiéndose a mí:

«Dinos dónde está la República y vamos a buscarla.»

A lo que contesto:

«No sé donde está. Sólo sé que por el camino que seguimos no la encontraremos.»

Porque no puede encontrarse la República por el camino de la rutina en todo: en teorías, en prácticas, en procedimientos.

Ni manteniendo el santonismo, cada día más exigente y avarallador, frente al ansia de movimiento, de vida, de luz, que acucia a la generación nueva.

Ni halagando esperanzas a sabiendas de que no podríamos satisfacerlas el día que viniese la República, disgustando así a nuestros naturales e indispensables aliados.

Ni gastando en luchas electorales energías y dinero.

Ni cuidándonos de lo externo, de lo aparatoso, de lo ridículo, más que de lo interno, de lo serio, de lo práctico.

Ni si, viendo escrúpulos que no deben tenerse cuando de la salvación de la patria se trata.

Ni dividiendo al partido republicano

en aristocracia y plebe, pidiendo para ésta puntapiés y latigazos.

Ni perdiendo el tiempo en resolver diferencias de Juntas y Comités, habiendo tantas cosas importantes que realizar.»

Llenarla el número si hubiese de enumerar todo aquello que nos impide llegar a la República. Por esto termino aquí.—1905.

En el Colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana

Un marista corruptor de menores

Con este epígrafe publica el periódico *La Verdad de Astorga* del 1.º de los corrientes una extensa información, de la que entresaco las siguientes noticias.

Existe en Astorga un colegio dirigido por Hermanos de la Doctrina Cristiana, mejor llamados Maristas.

Este colegio se fundó bajo la protección del actual obispo de Astorga, señor Alcega.

Un profesor, el hermano Nibardo, se dedicó desde hace tiempo a corromper a los pequeños alumnos de su clase.

Con excesivo cariño echaba su brazo sobre su cuello y con pretexto de registrar sus bolsillos para ver si guardaban tabaco o algún lapicero, les registraba los del pantalón, y...

A veces la operación era a la inversa; cogía la mano del niño y hacía que por debajo de la sotana le buscara el lapicero a él.

El hermano Nibardo ha dado a los niños la última prueba de su cariño, *enhebrando* a alguno, por lo que eran muy conocidas entre sus alumnos las palabras *enhebrar, las chopas, los lapiceros, pantalones reforzados, mocos*, etc., etc.

En virtud de la denuncia del padre de uno de los niños víctima de los cariños del hermanito, el Obispo llamó al Superior del Colegio y al hermano Nibardo, sosteniendo con ellos una larga conferencia, en la cual el busca-lapiceros impetró de rodillas y llorando el perdón del Obispo, que éste se negó a concederle.

El hermano fué expulsado inmediatamente de la Comunidad, ignorándose a estas horas su paradero, pues mientras unos aseguran que está en Valladolid, otros dicen que ha traspasado la frontera.

El superior del colegio salió inmediatamente para Madrid, asegurando que, corrido y avergonzado por estos escándalos, no vuelve a más al colegio de Astorga.

Los restantes hermanos Maristas del Colegio intentan atenuar los atropellos del Ni-

bardo, afirmando que nunca le conocieron tales vicios, y que si ahora los ha cometido, es por que se notan en él síntomas de trastornos mentales.

El juzgado de primera instancia instruye las diligencias oportunas para depurar la verdad y la indignación de los habitantes de Astorga es grandísima.

Desde que leí la noticia, rezo todas las noches una parte de rosario para que se patentice la inocencia de ese hermano, a fin de que los anticlericales se convenzan de que la educación religiosa es la que despierta sentimientos nobles, ahuyenta del hombre las pasiones vergonzosas y abre a los niños de par en par las...

(Se continuará en el número próximo)

Bien dicho

Un diario católico dice que no convienen las ocho horas de trabajo, porque el obrero pasaría el tiempo sobrante en la taberna.

Conforme, dice un periódico obrero, en que la ociosidad es madre de todos los vicios.

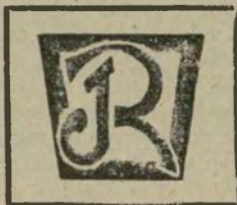
Pero entonces que se acaben de una vez las misas de media hora, para evitar la ociosidad de los señores canónigos, obispos, frailes y monjas.

Y que se haga trabajar de sol a sol a los señoritos de buena familia que infestan los cafés y las casas de juego y de prostitución, con escándalos y bullangas a todas horas del día y de la noche.

¡Si precisamente lo que nosotros queremos es acabar con la holgazanería!

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)
por José Nakens
Segunda edición.—318 páginas.
Precio: 2 pesetas



LEA V.

LA

HISTORIA INTERNA DOCUMENTADA

DE LA

COMPañÍA DE JESÚS

ESCRITA POR EL

Rvdo. P. MIGUEL MIR

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

cuyo solo anuncio promovió ruidosos incidentes que resolvió el juzgado autorizando su libre circulación

Dos tomos.—QUINCE pesetas

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN
DE EL MOTIN Y PRINCIPALES LIBRERÍAS

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

De los siete príncipes en cuyas manos se concentró el poder de Alemania, los tres principales fueron el arzobispo de Tréveris, el arzobispo de Maguncia y el arzobispo de Colonia.

Cuando en 1247 se hizo la confederación del Rin, ¿quiénes se pusieron á la cabeza de las sesenta ciudades coaligadas contra los perturbadores del reposo público? Los arzobispos de Tréveris, de Maguncia y de Colonia.

Y en el siglo XIII, ¿quién coronó en Alemania á Ricardo de Cornualles? El arzobispo de Colonia, en presencia del arzobispo de Maguncia y de diez obispos.

Y ya en el siglo IX, ¿quién había hecho degradar, azotar y encarcelar al fuldenense Gottscha'k, que negaba el libre albedrío?

Un arzobispo de Maguncia: Raban Mauro.

Y en el siglo XV, ¿quién convocó la Dieta electoral y contribuyó principalmente á la elección del emperador Sigismundo?

El arzobispo de Maguncia.

De los sucesos notables referentes sólo á los arzobispos de Maguncia, se podría componer una historia interesantísima.

No hay sino recordar, fuera de los casos de que acabamos de hacer mención, los puntos siguientes:

1070. Citado el arzobispo á Roma por simoníaco.

Mediados del mismo siglo. El arzobispo de Bremen regala una abadía al de Maguncia para que no se la quite movido de envidia.

Siglo XII. El insuportable Barbaroja castiga al arzobispo de Maguncia so pretexto de que turbaba el orden público.

Siglo XII. El arzobispo convoca á lo mejor de cada casa, del clero y la nobleza, para elegir el sucesor de Enrique V.

Siglo XIII. El arzobispo, en unión del duque de Austria y los electores de Sajonia y Brandeburgo, acuerda destronar al rey Adolfo.

Le citan, le juzgan, le condenan, le mueven guerra y le hacen perecer á manos de Alberto.

Alberto es nombrado emperador, y en pago de los buenos oficios del arzobispo de Maguncia, le nombra superintendente de los judíos, y le regala las contribuciones que hasta entonces habían pagado éstos al emperador.

Por cierto que según dicen historias profanas, el orgullo penetró un tanto en el ánimo del prelado, á efecto de lo cual quería dirigir las acciones del emperador mismo; y un día que este monarca, algo cargado, quería levantar el gallo, le dijo el arzobispo: «Yo tengo muchos reyes de romanos en mi trompa de caza, y me basta soplar en ella para hacerlos salir al mundo.»

Y en el mismo siglo, ¿quién propuso á Rodolfo de Habsburgo y le hizo elegir emperador? El arzobispo de Maguncia, que lo había llevado de escudero en su viaje á Roma.

Ahora recuerdo que el susodicho Rodolfo se hallaba entonces en guerra con el obispo de Basilea, y apenas supo que le habían elegido, se le apoderó de la ciudad al pobre obispo, que exclamó con lágrimas en los ojos:

—¡Afirmaos, oh Dios mío, en vuestro solio celestial, ó seréis arrojado de él por Rodolfo!

El buen sacerdote creía tan identificados sus feudos con los atributos de la Divinidad, que no podía comprender que le quitaran el señorío sin que el trono del Señor peligrase; de modo que cuando le daban los callos, compadecía á Dios, figurándose que tampoco podía resistir el calzado.

Allá en Italia, Enrique VI, á fines del siglo XII, había prometido hacer feliz á mucha gente.

Creyerónle los prelados, como todos los que deseaban paz y bienandanza; mas bien pronto hubieron de arrepentirse de haber puesto en las palabras del monarca aquella fe que sólo con buen éxito puede aplicar todo sacerdote á las cosas del cielo, pues en una Dieta que celebró aquél en Palermo acusó y mandó prender á muchos personajes, entre los cuales abundaron los prebendados.

El cristiano rey, pues debe tenerse presente que Enrique VI era cristiano, castigó severamente á los acusados, y aun siendo éstos en su gran mayoría nobles, condes y altas dignidades eclesiásticas, á unos les desterró, á otros los ahorcó, á otros los quemó vivos y á otros les arrancó los ojos.

Este fué el que después se dirigió á Alemania con un gran botín de tesoros que había descubierto y los rehenes de varias ciudades, entre cuyos rehenes había nada menos que el arzobispo de Salerno, la reina Sibila, sus tres hijas y su hijo Guillermo.

Y al llegar á Alemania el monarca cristiano, en aquellos piadosos tiempos, encerró á las princesas en un monasterio, encerró á Guillermo en un castillo y mandó sacar los ojos á los demás.

¡Oh, en Italia el episcopado hizo un papel brillante!

En Milán, Martín de la Torre, arrojó al obispo Odón Visconti y á los nobles.

Al cabo de poco tiempo, el arzobispo arroja á aquél y es proclamado señor perpetuo, y un poco después hace á su sobrino vicario del imperio.

En Ravena, el arzobispo levantaba cruzada contra Ezelino y se llevaba tras sí á todas las víctimas de éste.

En Pisa, el conde Ugolino quería gobernar solo y no en compañía del arzo-

bispo, á cuyo sobrino descabezó de un hachazo porque le hacía reflexiones morales sobre el gobierno.

**

Una de las cosas notables que recuerdan las historias, es que cuando el casamiento de Enrique III con Leonor de Provenza, se trasladaron á Inglaterra muchos provenzales que fueron galardonados con señoríos y mitras, y uno de ellos obtuvo el arzobispado de Cantorbery.

Y cuando los barones se amotinaron contra Enrique y le obligaron á admitir en su gobierno un consejo de veinticuatro individuos, de señores y obispos se compuso el consejo.

**

Para que se vea que hay más de providencial que de humano en la historia del episcopado, debemos hacer notar de paso que, así como ya hemos dicho que en la ardiente Italia el arzobispo de Milán había conservado en aquel siglo entre otros privilegios el de acuñar moneda, así también en la fría Noruega, el soberano Magnus VII, después de otorgar al clero cristiano la jurisdicción eclesiástica, el diezmo y la libertad de hacer sus elecciones, otorgó al arzobispo el derecho de acuñación.

Con que imagine el lector si sería glorioso ver al prelado con el rayo de la excomunión en una mano y el troquel en la otra.

**

Esto era en 1263. Pues bien; no les cabía peor suerte á los obispos en otras partes. Sometidos los prusianos en 1249, se les fijó el número de iglesias que habían de tener; fué dividida Prusia en cuatro diócesis, y en 1258 habían crecido tanto aquellos pastores, que hubo arzobispo de Livonia y Estonia, cuya autoridad metropolitana se extendía sobre los caballeros de la orden Teutónica y los Porta-espada; progreso que se hace más notable si se atiende á que allí al principio cada obispo sólo poseía una tercera parte de la diócesis, siendo posesión de la orden las otras tres.

**

Mientras el arzobispo prusiano acuñaba moneda, en España el arzobispo de Toledo, infante D. Sancho, acaudillaba á los guerreros de Madrid, Talavera, Alcalá y Guadalajara, á fin de apacentarlos matando á los moros de Granada. Dios se acordó de él, y para mejor ensalzarle en el cielo, permitió que fuese vencido y preso en la tierra, despojado de sus ornamentos pontificales y asesinado por un moro que al propio tiempo le llamó *perro*, cumplimiento que solían dirigirse entonces unos á otros los creyentes de todas las religiones en sus santas guerras.

Después el Señor permitió que los moros le cortasen la cabeza, y que su mano

(Continuad)